

— crónicas del manicomio -

**VIDA Y ANDANZAS DE
Diógenes Turrímano**

LUMEN DE LUMINE

1974

Rabbi Méir dijo:

“¿Que significa ´de generación en generación´?,

Rabbi Papías dijo:

“Esta escrito: Una generación va y otra viene.”

Y Rabbi Akiba dijo:

*“Es la generación que ya venido, y que nunca a
dejado de venir.”*

Sepher Bahir.

DIOGENES TURRIMANO

El hombre es un ser paradójal.

Gregario y alienado a un mismo tiempo, necesita vivir en sociedad y simultáneamente cultivar la intimidad. Quizá sea por esa razón psicológica y no únicamente por motivos de intereses, que el hombre se organiza en círculos y se separa en clases.

Así pensaba Diógenes Turrímano.

Igualmente, pensaba que los diversos estratos no deberían servir para agravar la alienación humana. Al contrario; sostenía que debían constituir verdaderas plataformas naturales para RELACIONAR.

Primero, a los integrantes de cada círculo unos con otros, y en seguida a todos con todos.

Otros piensan diferente. Sostienen que las clases, estructuras y círculos, nacen del juego de los intereses, no de la humana naturaleza. En consecuencia, consideran que la relación intra o intersectorial es necesaria sólo como base para la defensa o la lucha facciosa. O para la facciosa alianza de los más o los más fuertes para la retención o toma del poder.

Nuestro personaje no era de esa opinión.

No pensaba que las diversas esferas debían constituirse en bandos destinados a lanzarse unos contra otros como fieras que se disputan la presa del mundo.

No creía que el mundo fuese un queso, ni que solo fuesen hombres los integrantes de un sector, sino que lo eran todos sin excepción; y que en consecuencia lo que necesitaban no era radicalizarse sino comprenderse unos a otros como recíprocamente útiles y constitucionalmente necesarios. Así concebidos los grupos dejarían de ser apartamentos y se convertirían en niveles (conceptuales, estilísticos, programáticos y operativos) de mutua, activa y fecunda vinculación.

Sin duda, Turrímano era un soñador. Un monomaniático.

Como él lo veía, el mundo se presentaba como un vasto sistema hospitalario. Casas que eran de reclusión para quienes las convertían en bastiones de separación, y de tratamiento y salud para quienes desde ellas se daban al servicio, el conjunto, especialmente en aquello que tiene que ver con la luminosidad de los entendimientos, la libertad del pensamiento y las conciencias, y la convivencia igualitaria y fraterna de todo el género humano.

En otro tiempo había sido, primero agricultor, luego metalúrgico, más tarde albañil; y había conservado en su corazón el hálito civilizador que va implícito en esos oficios. Retirado de la actividad manual, nuestro amigo seguía cultivando, forjando y construyendo; sólo que ahora lo hacía son las semillas, metales y piedras de la idea y el pensamiento.

Turrímano era un pensador – aunque su filosofía no fuese del todo académica, era de los que no saben ver el bosque sino como reunión de árboles.

- No hay tal cosa como “la Sociedad” o “el Estado” - decía. - Lo que hay son individuos. La concepción de la humanidad como clan, como clase, como conjunto o patota, pertenece a lo primitivo. El hombre es un animal que ha logrado individuarse; o por lo menos, debe apuntar a ello. Pero a la vez, necesita volver como individuo a saber vivir como conjunto.

Para nuestro hombre, la solución a la problemática humana no podía tener otro centro que el hombre en singular y su conjunción comunitaria; y sólo podía venir por la autorrealización y la comunicación. De adentro para afuera.

La enfermedad está en el hombre, no en su ropa.

De nada sirvió sacarle el disfraz al rey y vestirle de paisano.

No se abolió la explotación: solamente se cambió de explotador.

El problema no se simplificaba por haber sido reducido a términos individuales; lo único que se ganaba era que se lo podía ver ... pero no resultaba favorecido por la microvisualización.

Al contrario: visto así este asunto de la autorealización y comunicación aparecía más espinoso y peludo que bicho al microscopio.

Pensaba Turrímano que si el hombre hubiese sido un ser homogéneo – todos de la misma altura, todos con iguales necesidades e inclinaciones, todos rubios o negros, la cosa hubiese sido diferente. Pero ni la humanidad es pareja ni es unitario el individuo, sino múltiple.

El que no es más que UNA cosa – sólo carpintero, sólo abogado, médico o comerciante – no necesita, para realizarse (hemos separado bien, porque quisimos decir “levantarse como lo que cada uno es”) ... no necesita, decíamos, sino poner taller, abrir estudio o establecer negocio.

Mas ... ¿cuantos hombres hay así de simples? ¿Como realizarse dejando afuera una parte de nuestro ser, sea la instintiva o la intelectual, la estética, la espiritual, etc? Cada una de estas facetas necesita encontrar su expresión comunicada.

En este aspecto, el individuo es polivalente; y no se sentirá plenamente feliz mientras ande con una valencia suelta. Será un “compuesto inestable”.

Por eso fracasan los que intentan la solución por la inhibición de alguna de sus inclinaciones. Otros prueban resolver su problema por la vía del paralelismo: por un lado la familia, por otro la vida profesional, por otro la amorosa, por otro la social ... pero esto no pasa de ser un engaña-pichanga.

Independientemente de que pueda o no ser logrado en la práctica, es un hecho que nadie puede ser feliz, que nadie puede alcanzar su realización, a menos que consiga conjugar todo su ser en una sola vida. Esto es: que todas sus valencias integren un mismo compuesto estable. Quien por no poderlo hacer se parte y reparte como si fuese una tortilla para satisfacer por vía independiente sus diversas necesidades, palía la situación, pero no la resuelve.

Esto trae al tapete la cuestión de las funciones compensadoras de los elementos que forman un compuesto (el familiar, por ejemplo), y la de la obligación recíproca entre los mismos. Las esposas que por no ser compañeras integrales dejan “valencias libres” en sus maridos, se despertarán un día oyéndose decir: “No sé qué le ha visto a “esa”: ¿Qué tiene

“ella” que no tenga yo?”. Pero este es otro asunto.

La cuestión tiene todavía más facetas. Está el problema de los inadaptados. Hay vientos que quieren ser nubes; y hasta se enojan cuando ésta les pide que soplen, como si se le pudiera pedir al viento que haga otra cosa. “No estamos al servicio de una nube, sino de la Naturaleza. Nosotros queremos regar, pero no empujar para que otros rieguen”, dicen, y se ponen a soplar para otro lado. Hay muchos que por el mismo estilo ambicionan ser lo que intrínsecamente no son y lo que nunca podrán ser.

También hay que considerar la índole cinética – móvil – de la cosa. Hay que lograr ser lo que se es; pero también es preciso conseguir que ese ser encaje en el conjunto. Y desde que tanto el “ser” individual como el colectivo se modifican, se presenta la cuestión de la debida ductilidad.

Por no atender este punto muchos se condenan a verse desplazados. Es el caso del contenido caduco o retardatorio que no acompaña el movimiento general y que (vana y dolorosamente) se empeña en que éste se le acompase.

Otros se desubican porque no advierten que nada hay estático. Creen que nada se modifica.

Hay agricultores que siembran según las necesidades de hoy ... y el año que viene deben salir a la TV a decir: “Coma sandías; la sandía es salud!” - porque nos ahogamos en ellas.

Existe otra categoría que no tiene otro porvenir que el de la resaca: es la de aquellos móviles que le temen a la rápida corriente del cauce principal y prefieren permanecer entre los meandros de la orilla jugando con las espumitas.

Turrímano no se ocupaba de la cuestión social, sin embargo; se movía en otro terreno. Sin duda que “también de pan vive el hombre”, mas no sólo de éste; y él ya había estado del lado del pan durante los casi cuarenta años en que fuera obrero operativo; ahora se ocupaba del “no sólo”. De las cosas del alma y el espíritu, que también es un campo existencial que debe ser conquistado, porque no todo lo humano se encuentra del lado de afuera.

Y como también en materia de lo espiritual las cosas se han organizado como una sociedad de consumo y hay explotación y esclavitud, hay lugar para el idealismo libertario.



Sí. El mundo interior es muy parecido al exterior, sólo que su esquema es más primitivo. En realidad, el mundo del alma no es sino una especie de Far West, con buscadores de oro, “saloon” donde entretener los ocios bebiendo o jugando, “carpet-baggers” vendedores de milagrosos jarabes curalotodos, predicadores apocalípticos y banqueros de in-aplacables codicias.

Sin duda el plano del alma se encuentra tan necesitado de civilización como cualquier legendario pueblo del Oeste; y Turrímano la llevaba, como quien dice, en la sangre. Por eso se hizo cargo del Nashville Chronicle – desde el que, en despareja y desgastada tipografía, se dió a combatir la materia, la ignorancia y la ambición hasta donde le daban sus luces - que no eran muchas.

Turrímano parecía haber descubierto uno de los secretos de la realización. De ser lo que se es – que es lo único que se puede ser. De ser auténtico. En realidad no había descubierto nada; que todo era bien sabido por todos. Su único mérito era haberlo hecho. No era un mérito extraordinario. Por lo menos así lo entendía él.

Cualquiera pueda hacer lo mismo con un poco de astucia y otro poco de coraje – decía; y explicaba algunos de los detalles de su fórmula.

-Lo primero que hay que vencer es la hipocresía. No nos gusta que los demás nos vean como somos, y por eso ocultamos algunas de nuestras facetas. Pero no engañamos a nadie. Todos nos ven como lo que en realidad somos ... aunque callen.

En las peñas que se formaban en la redacción del Chronicle – con el juez, el pastor, el boticario y el enterrador – Turrímano sostenía aunque con otras palabras, que uno de los factores que inciden en la hipocresía de presentarnos como un “parecer” es, por un lado las falsas tablas de valores, y por el otro el enanismo vergonzante de la inmensa mayoría.

Por lo primero, se confunde el “ser” con el “tener” - lo que lleva a acumular; y si no podemos, a aparentar, a “dar la imagen” - cosa por demás fácil porque en tierra de ciegos, un tuerto o uno que afirme serlo es rey.

Turrímano solía pasar de un tema a otro con la velocidad del rayo. De la hipocresía al la explotación charlatanesca – que para él eran una sola cosa. Esta última era lo que más lo enervaba.

-Yo puedo decirles que veo la Xiligia; y explicarla en todos sus detalles. Si lo hago bien, no tardarán ustedes en su-ponerme en superdotado. Y si les digo que mi superpoder se debe a que uso un colirio de mi invención o porque tomo un elixir que recibo de la lejana China, no faltará quien quiera comprármelo, el cual, para no pasar por tonto, le dirá a los demás que él también ha logrado ver la Xiligia – lo que probará agregando algunos detalles. Así crecerá la Xiligia y el negocio. Pero resulta que no soy ningún superdotado y todos pueden darse cuenta de ello ya que nunca me vieron hacer otra cosa súper-proeza que la de ver una Xiligia que no existe y que

yo mismo he inventado.

El juez, el pastor, el boticario y el enterrador oían y aprobaban... pero se sumaban a la cola de los que compraban jarabe del “carpet-bagger” - que lo tenía de dos clases; uno amargamente asqueroso que le vendía al enterrador y al boticario (que quedó como su representante en el pueblo) y otro con una respetable graduación alcohólica que compraba el juez, y por supuesto, el predicador – que era abstemio. El único que participaba en los hechos de las ideas de Turrímano, era el Doc – aunque eso fue antes de que se hiciera homeópata.

Pensaba Turrímano que para “ser auténtico” no es necesario perder la elegancia, cosa que tenía por señal de ordinariez, nunca de verdadera hombría. Cierta vez le dijo a alguien que confesaba en público:

- No es cuestión de andar mostrando el trasero como las mujeres del “Saloon”; no eres mejor que ellas.

No quería con ello insinuar que el disimulo con que el banquero pintaba de generoso desinterés su mezquina ambición, o los latines con que malcubrían las desnudeces de su ignorancia el boticario y el juez, fuesen lo recomendable. Lo que quería decir es que ni ocultar ni mostrar arregla nada.

- Toda esas cosas sólo sirven para re-bajar, jamás para realizar al individuo, decía nuestro filósofo complaciéndose en uno de sus acostumbrados juegos semánticos.

Cierta vez se encaró con el predicador, que en tono doctoral y apocalíptico fustigaba los vicios de la carne que en el fondo lo escocían:

- El verdadero puritano no es el que se quema, hermano, sino el que arde – le dijo.

Turrímano pensaba que el erotismo es una energía del alma que arrastra al cuerpo y no al revés, y que en consecuencia también puede y debe ser “realizado”; sublimado; que su quemante fuego puede y debe ser transformado por el amor matrimonial en “santo connubio”, o en sublime arrebatado por la exaltación mística; que solamente lo esconde con vergüenza o lo muestra con desvergüenza quien no logró liberarlo de sus terrosidades; y que el que sí, no lo niega ni rechaza – aunque no exhiba su pasión en las calles sino que la reserve a la intimidad de su alma.

Pero el Amor no es cosa que obedezca a la voluntad. No se puede ni resistir ni buscar; y exige altura.

Como se ve, nuestro amigo era un poco místico. Quizá por eso afirmaba con tanta seguridad que nadie puede ser un individuo cabal a menos de serlo completo. Para serlo del todo, el hombre necesita hallar la manera de expresar (comunicar) la totalidad de su ser unificado.

Estas ideas no le impiden a Turrímano sostener a la vez que es preciso reservarse algo.

- El que lleva doble vida no se realiza porque siempre anda ocultando algo; sin embargo, hay algo que se debe callar; nuestro hombre verdadero. Nadie podrá ser nada – ni malo ni bueno si no sabe guardar las intimidades de su ser.

Cuando le daban estos ataques – y era a menudo – nuestro amigo solía hablar con palabras oscuras. Pero yo llegué a entender lo que decía, y a comprender que el bocón se vacía porque somos lo que ocultamos.

!Si los que viven para las apariencias comprendieran que nadie es lo que muestra sino lo que oculta, comprenderían cuan vana es su pretensión de llegar alguna vez por esa vía a ser lo que pretenden.

Porque quien finge saber, en ignorancia crece; y quien miente fuerza, en debilidad se confirma y establece. Mostrarse conduce al parecer, reservarse al ser. Poco vivirá el árbol que muestra sus raíces. Así como para el Mal el lobo se viste de oveja, así también para el Bien es preciso reservarse lo que

se es. Fue por pensar de esa manera que pudo Turrímano vivir largos años y cumplir su obra en el lejano Oeste.

* * *

LA PLAYA DE TURRIMANO

Como este capítulo se va a desarrollar en esa tierra de nadie que constituye la frontera del mundo del espíritu, vamos a darnos otro decorado. Ya no estamos en Nashville, Texas, ahora la escena semeja una soleada playa contra cuyas fuertes rompientes se estrella y estalla el ritmo pujante del océano, y cuyas rocas se alternan con paños de blandas y rubias arenas orladas de suaves espumas que cumplen la magia piadosa de jugar a conceder a la resaca que llega a morir, un lecho de inigualada belleza.

En todo y por todo hay un opulento derroche de calor y color; una fiesta de vida cuya singular sensualidad se palpa con el alma a la vez que con la piel.

A lo lejos se ve la ciudad; y contra el horizonte, un imponente macizo de altas montañas. Nada de eso se ve, sin embargo, sino entrecerrando los ojos; y aún así a veces el miraje cambia. Todo se borra y ya no hay ni rocas ni playas, ni ciudad, ni montañas; sólo una polvorienta y desierta llanura que, sin solución de continuidad se tiende hasta confundirse en un horizonte del todo plano. Ni señal de vida.

Tampoco edificación, salvo algunos Templos y numerosos templetes.
Y tumbas.

Estamos en el confín del existir; el horizonte fronterizo entre lo concreto, y “lo real maravilloso”. Por eso, todo es y no es; y según se mire, se presenta como plenitud de vida o quietud de muerte, como fértil prado lleno de oro de sol y de espigas, o como un polvo estéril bajo un plúmbeo cielo.

Es aquí donde vamos a encontrarnos esta vez con Turrímano – que no ha cambiado y sigue siempre igual a sí mismo, con sus habituales manías, pensamientos, actitudes y trabajos. Lo encontramos en actitud meditativa... y, ¿es que pensaría sino en el hombre?

- Mientras no hayamos solucionado el problema que nos propone la Esfinge – el del hombre – no podemos darnos el lujo de tener otros.

Así responde cada vez que alguno de los tantos que no ven la playa sino que del espíritu no saben ver sino el chato horizonte, lo insta a que “abandone su quietismo y haga algo que sea realmente útil”.

!Como si fuese un contemplativo!

Bien cierto que sostiene que el conocerse ha de preceder al conocer, y que la exploración del espacio exterior no es más importante para la felicidad del hombre que la del interior...

pero,

¿acaso las necesidades y los problemas del hombre exterior no tienen por causa fundamental los vicios y ansias interiores?

¿A que sino al egoísmo, la vanidad, la envidia, la ambición, y el ansía de predominio se debe la explotación del hombre por el hombre?

¿No es ingenuidad suponer que modificando la estructura, la exterior, se cambiará el hombre?

¿No es ingenuidad suponer que modificando la estructura, la exterior, se cambiará el hombre? !Nos llenaremos de cerrojos, pero no terminaremos con los ladrones! Sólo se harán más astutos.

¿Acaso no hay explotación del hombre por el hombre en lo interior?

¿No hay esclavistas en el terreno de la conciencia y el pensamiento, como los hay en el campo de lo social y económico?

Ciertamente, la lidia contra la explotación espiritual e ideológica nunca e del agrado de lo traficantes de slogans liberticidas. Especialmente de los que venden la marijuana políticamente radicalizante y sus drogadictos.

Por supuesto que si el hombre fuese un animal común - una “especie”, un ser colectivo, una masa – no tendría por qué preocuparse por la libertad de su pensamiento y conciencia, ni por la evolución de las luces de su espíritu. Nada nos impediría pensar y sentir siguiendo la vía instintiva y feliz de las demás criaturas naturales. Pero desde que además de conscientes nos hemos hecho autoconscientes – esto es: individuos – las cosas se han complicado. No nos es suficiente con ser, necesitamos “ser ‘yo’ “.

Pero el proceso no está sino en estado embrionario. Por lo pronto, hemos contraído el hábito – o el vicio – de reducir todo a escala personal. De a todo anteponerle un “mi” sin lo cual nada tiene verdadero valor para nosotros, nada es capaz de movernos o conmovernos. Si la Mujer es “mi” mujer, la defiende con mi vida; y lo mismo si el Niño es “mi” niño; de lo contrario, el dolor humano me es ajeno y no me toca a menos que imagine que “a mi” también me puede llegar.

Por las mismas, somos capaces de trabajar duramente por “mi” prosperidad y no por “la” Prosperidad, por incrementar “mi” cultura, “mi” evolución.

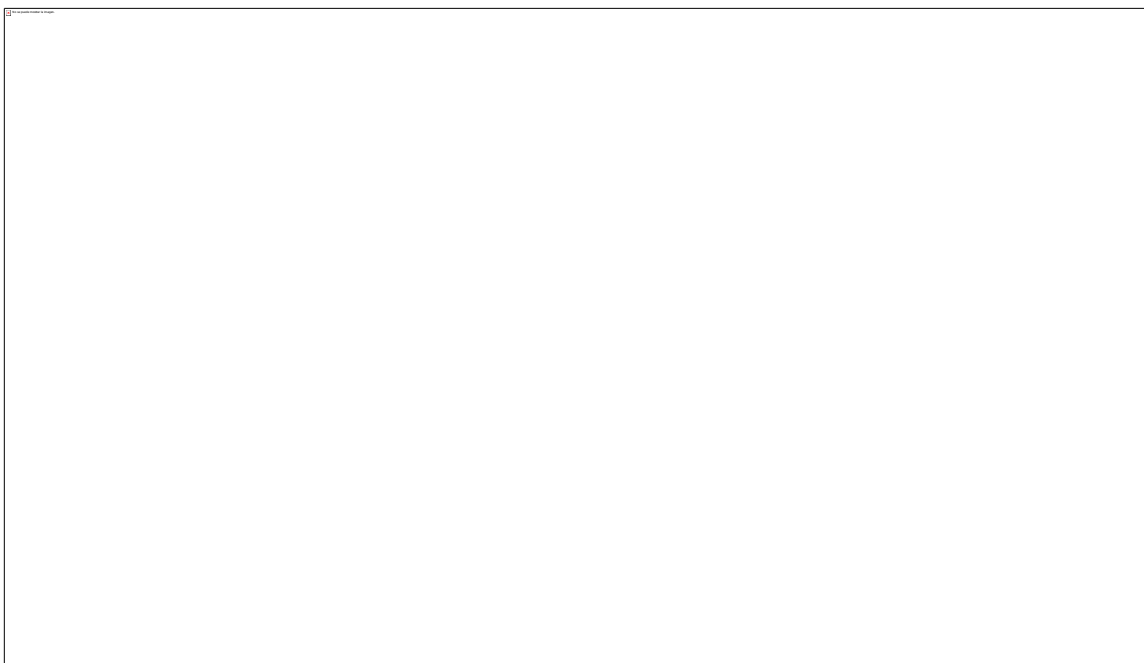
- Nuestro gran defecto es el de “mi-nimizar” todas las cosas – decía nuestro protagonista – y eso nos conduce a un estilo de vida que no es sino una lucha ferozmente excluyente y tanto más encarnizada cuanto más enano es el sujeto. Sólo los verdaderamente grandes pueden darse el lujo de ser magnánimo si han sido llamados al poder, o de ser humildes si tuvieron la hoy desgraciada suerte de serlo a la dignidad de Pueblo.

Quienes revistan entre los mediocres, no pueden ser otra cosa que liberticidas prepotentes en el primer caso, y sumisos o serviles, o insolentemente díscolos e indisciplinados en el segundo.

Turrímano, que por sobre todas las cosas se sentía humano, no era insensible al dolor que va implícito en las frustraciones y paradojas que jalonan el camino de lo que, para él, era el mayor de los humanos logros: el de SER INDIVIDUO – evolución ésta durante cuyo estado larvario se concitan todas las codicias y miserias, todos los crímenes y dolores, todos los atropellos y bajezas. Y también, todas las grandes y pequeñas locuras y heroicidades de la abnegación y el idealismo.

Nuestro amigo se sentía mancomunado con todo ese dolor y esa lucha, al tiempo que inflamado por la grandeza de la posible conquista. La del hombre por el hombre. La de cada uno por sí mismo – porque la individuación no se alcanza sino individualmente; y no se puede hacer por otro ni es posible que otro la cumpla por uno. Pero se puede ser solidario.

Por eso, cuando su temperamento lo llevaba a trepar las cumbres de la pura filosofía, jamás las escaló para solazarse en el goce solitario de la diafanidad y la altura, sino para convertirlas en atalayas desde donde mejor ver el valle. Y cuando tuvo que elegir el lugar de su habitación, desdeñó los picos y prefirió la playa. Se quedó como quien dice, en la orilla del mundo del espíritu – del que optó por ser portero. O partero que es lo mismo.



La playas por las que transitaba nuestro personaje, no estaban despobladas. Desde siempre habían llegado a ella y seguían viniendo traídos por las olas, toda clase de náufragos del existir – la mayoría sin saber que lo eran.

Evadidos harapientos, en balsas hechas de sueños de grandezas, buscadores de cielos y argonautas en procura de fabulosos vellocinos, aventureros del alma, y también piratas del entendimiento y negreros del alma.

Esta heterogénea resaca del mundo se había aposentado en la playa y organizado en ella; y cada mañana, especialmente después de cada tormenta y viento, grandes y pequeños grupos humanos recorrían la orilla oteando el horizonte en la esperanza de que llegaran los nuevos. Algunas partidas eran las de ciertos alpinistas teóricos que pretendiendo saber cómo escalar las cumbres del espíritu venían en busca de “nuevos” a quienes convencer para que se les unieran en la próxima expedición que organizaban.... y que seguramente estaba destinada al fracaso, como todas las anteriores.

También habían reclutadores de las varias comunidades de locura organizada que había en la isla. Algunas, que sostenían que no era necesario escalar nada, y que a la muerte, todos volarían sin esfuerzo a las lejanas cumbres que se perfilan en el horizonte si en vida se comportaban sumisamente y ajustaban su vida al código moral establecido por sus conductores.

Otras, se especializaban en cultivar diversas manías místicas, esoterismos ultrasensoriales, “ciencias” para-lógicas, o megalomanías fantásticas. “Los nuevos”, eran prácticamente asaltados como en cualquier puerto;

- !Hotel, hotel! ¿Tiene hotel, señor? !Taxi! ¿Auto al centro?

La ciudad no estaba lejos; y no había en ella sino hoteles – que eran otras tantas casas de reclusión – sanatorios – donde la mayoría de los orilleros del espíritu, enclaustración – anulándolas – sus ansías de cumbres.

Fuera cómico constatar – si no hubiese sido dramático – que cuando uno se desengañaba del tratamiento recibido en una casa de reclusión y lograba salir de ella ... corría rápidamente a refugiarse en otra porque “tenía inquietudes espirituales”.

La gente piensa que un hombre “con inquietudes espirituales” debe necesariamente estar adherido a una Escuela o Filosofía, y creer en determinadas premisas (que cambian con las modas). No conciben ser, sin ser alguna cosa.

!Cuantos venían al caño donde vivía nuestro Diógenes en busca de similar reclusión... y se volvían con desencanto al saber allí no se les ofrecía mas techo que las estrellas ni otros muros de protección que el aire libre!

Tan no saben los hombres vivir libres que la leyenda del Éxodo cuenta que en varias ocasiones el Pueblo, ya liberado pero aún en el desierto – la conquista de la Tierra por hacer – pretendió renunciar a ello y volver a la comodidad – y la condición – que “gozaba” en Egipto.

Y lo mismo ocurre en el terreno de lo espiritual. Todos suponen que necesitan enclaustrar su pensamiento o religiosidad en alguna idea, creencia o dogma. Todos creen que necesitan acomodarse a alguna doctrina o sistema, o a una religión o filosofía.

- Cuando el hombre artificial siente que le pica el intelecto o el alma, se compra un libro, busca una religión, ingresa en un Partido o se procura un Maestro o un buen lider antihistamínico. El hombre-Hombre se rasca solo puesto que tiene uñas.

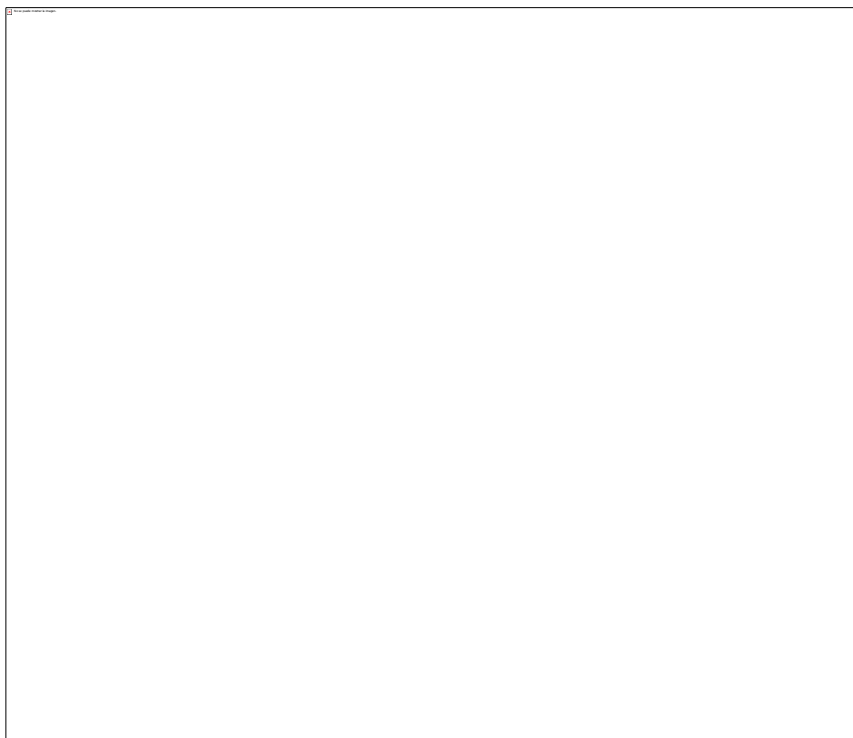
El alma, sin embargo, no es planta de invernadero a la que “alguien” debe filtrarle el sol; es planta de libertad que no necesita intermediario.

En que canta y en que vuelta, puede comprársela a un ave.

¿Hay crimen más abyecto que encerrar un vuelo en un jaula?

¿Existirá aberración mayor que pretender que conforme su canto a un libreto?

Pájaros hay, sin embargo, que sienten tanto apego por su encierro que creen que han nacido para adorno de patios y balcones; otros, cuyo canto nostálgico tiene notas que parecen otras tantas manos tendidas en angustioso reclamo; y otros, en fin, tan degradados, que los cazadores los emplean como “llamadores” de sus tramperos. Son los que cantando las “verdades” de su propia cárcel filosófica se dedican a atraer a ella a “los infelices pájaros sueltos que aún no han oído el mensaje...”



Nuestro amigo sentía gran compasión por todos estos reclusos, y de ahí que se esforzase por liberarlos mientras hubiese y esperanzas. Su estrategia libertadora era simple. Desde que para la captación se explotaba la ignorancia bajo la pretensión de un falso saber, allí la atacaba, instruyendo a los reclusos en detalles del sistema en que estaban presos y que sus captores ignoraban. No tardaban los novatos en descubrir que sus carceleros no eran tan sabios como aparentaban...

Es natural que al obrar así, Diógenes se hiciese de muchos enemigos tanto

entre los “dirigentes” como entre los aspirantes a serlo. Al principio, todos lo recibían con alegría; pero pronto resultaba rechazado, calumniado y combatido. Poco caso hacia de ello.

No se limitaba Turrímano a desprestigiar el charlatán descubriendo públicamente sus embustes; también atacaba los sistemas en cuanto constituyesen desvíos de su forma original.

Porque es de notar que los explotadores jamás inventaron nada; se limitaron a tomar lo que había y a adaptarlo a sus propósitos. Nuestro amigo tenía la habilidad de hallar las alteraciones, y de probar de qué manera contrariaban estas el propósito primigenio – que siempre era el de dar libertad, nunca el de enclaustrar.

Por todas las maneras procuraba instilar en quienes quisieran oírlo, el ansia de espacios y el ideal libertario.

Sin duda era un agitador.

También él recorría.

Y no solamente en la playa en busca de “nuevos”; también asechaba al paso de las caravanas de los traficantes, para desbaratarlas.

Visitaba asimismo los internados de las casas de reclusión donde se le permitía la entrada. Pero no para enganchar, sino más bien para desenganchar.

En su ingenuidad, nuestro amigo no alcanzaba a explicarse como gentes capaces de defender sus vidas y haciendas, no sólo se dejaban sustraer el alma sin protestar, sino que hasta agradecían a sus ladrones.

!Incluso a veces se airaban contra él porque les advertía que los estaban despojando!

En la playa donde vivía, nuestro hombre había tomado a su cargo el rol del Templario; el de mantener libre de salteadores el camino de los peregrinos.



Se suponía que debíamos ayudarlo, pero no lo hacíamos muy bien; y a menudo sorprendía a alguno de nosotros tratando de engatusar a algún “nuevo” vendiéndole una vana esperanza, una oración milagrosa, un frasco de agua medicinal – bendita u homeopática, que es lo mismo – un horóscopo, una “videncia”, una premonición o cualquier otra majadería.

Era evidente que eso no solamente le causaba dolor, sino que lo impacientaba, principalmente porque nos dábamos al chanchullo sin hacer abandono y hasta blandiendo las banderas del “grupo de Diógenes”.

-Si quieren trabajar por la superstición, háganlo enhorabuena. Pónganse al servicio de cualquiera de los tantos charlatanes de la playa, o levanten consultorio ustedes mismos. Pero sepan que no se puede estar a la vez con y contra de los embaucadores, ni es decente practicar el cuento bajo nuestro uniforme.

En cuanto a la población de las casas de reclusión, nuestro protagonista no hacía distingo entre internos e internados.

-Si no fuese por la túnica – decía - ¿quién sabría la diferencia?
Además, se sentía hermanado, si con los reclutadores, con los reclutados; y en todos reconocía un común denominador; el de encontrarse de alguna manera alienados del mundo de lo estrictamente concreto y el de vivir la fantasía de un ensueño – visionario o ilusorio.

¿Y quién cree que el suyo lo sea? Lo que hay en esta materia son ensoñaciones y pesadillas. Sueños que producen alegría y libertad, y otros que las quitan. Y Diógenes no podía entender por qué, pudiendo elegir libremente, sus prójimos se empeñaban en soñar los segundos y no los primeros – que son lo natural. Es que acostumbrado a dormir bajo las estrellas no entendía que las paredes de una cárcel dan seguridad...

EL GRUPO DE TURRIMANO

Diógenes Turrímano era un soñador.

En realidad no se llamaba así, le decíamos Diógenes porque siempre andaba linterna en mano buscando camaradas para su fantasía libertaria – una que nunca pasó de ser un continuo comenzar; y lo apellidábamos Turrímano porque si manía era la arquitectura.

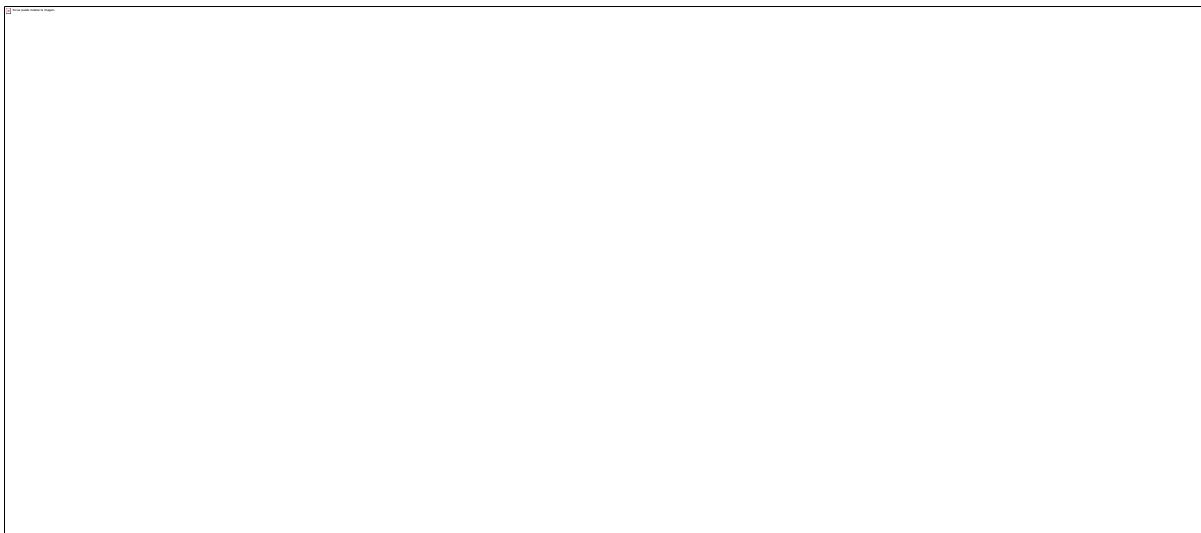
Considerados algunos de sus hallazgos en materia de hombres y la poca solidez de los edificios que levantó, debemos reconocer que ni sería mucha la luz antropométrica de su lámpara, ni grande su habilidad para descubrir terrenos aptos para sostener sus construcciones.

Pero tenía voluntad y estaba convencido de que las cosas que se sueñan con fuerza a lo Verne llegan siempre a concretarse aunque no se viva para verlo.

La verdad es que todos hubiésemos preferido otra cosa. Algo que estuviese más en consonancia con lo que es normal en estas orillas y más de acuerdo con nuestros deseos. La mayoría queríamos un método, una disciplina, algo que nos condujera gradualmente al estado de superación que presentíamos. En cambio, él nos proponía que nos disciplináramos en Libertad...

En realidad, no presentíamos absolutamente nada. Lo que tomábamos como intuición de un estado superior era sino la conformación de nuestra inquietud natural infusa, a ciertas racionalizaciones. La inquietud procedía del innato inconformismo que nos caracterizaba; las racionalizaciones a las que conformábamos, de cosas leídas u oídas.

En el fondo no éramos inconformistas sino inadaptados. Hippys; pero burgueses. No nos alcanzaba el cuero para ser revolucionarios. Si en lugar de espiritualistas hubiésemos sido socialistas, seríamos de los de Café.



Desde que éramos de temperamento místico (poseíamos religiosidad, teníamos lo que se llama inquietudes espirituales), por burgueses sentíamos la necesidad de gozar ese sentimiento de la manera ordenada y cómoda como la buena señora que ayuda al ciego goza su teleteatro; llorando y comiendo bombones – con mucha emotividad, pero dispersa y superficial. Nada de exageraciones sino más bien al estilo de aquella Carta a la armada de Pirandello: “Eres la luz de mis ojos y sin tí no puedo vivir; esta noche te iré a ver si no llueve.”

Con una vocación así de tibia hubiésemos podido satisfacer nuestra religiosidad dentro del marco común de cualquier Iglesia. Pero éramos personas demasiado “especiales” para que nos fuera posible aceptar nada común... aunque nunca nos preguntamos por qué lo que le sirvió a San Francisco y a tantos otros, no nos servía a nosotros. En realidad no éramos especiales sino roscas sin tuerca.

Quizá si no hubiésemos sido tan tumbones – tan burgueses – nos hubiésemos hecho reformadores; pero desde que lo éramos, nuestro inconformismo prefirió conformarse a los cánones marginales que constituyen el submundo orillero del alma. Por supuesto que a los más respetables. Así fue como vinimos a inclinarnos hacia la “teoso-fía” o el “martinismo”, el yoga” y “la Astrología”, “la cábala” y el orientalismo...

Por el mismo estilo y razón marginábamos nuestro pensamiento en las fórmulas analógicas y pre-lógicas; y cuando enfermábamos, nuestros médicos TENIAN que ser también orilleros; si también “naturalistas” mejor. Y no desdeñábamos ni el diagnóstico clarovidente ni el pase magnético del manosanta vocacional, ni la “ayuda espiritual” de los Hermanos reunidos en sesión de “curación mentalista”.

Turrímano, que sabía valorar nuestro misticismo e inconformismo, no abonaba en cambio ninguna de nuestras inclinaciones. Y era lástima porque hubiésemos sido todos muy felices si él se hubiese avenido a vivir en paz con nosotros – todos unidos – en nuestro pequeño refugio. Pero nuestro amigo no parecía tener más pensamiento que el de despojarnos de todo ello. “Librarnos”, decía. Eso era en él como una obsesión.

Aunque muchas veces algunos de nosotros intentamos convertirlo en tal, el grupo de soñadores que nuestro Diógenes pretendió reiteradamente organizar “en fortaleza y estabilidad” como fuerza libertaria, nunca fue pensado como refugio ni era apropiado para ello.

¿Para qué nuevo hospicios, habiendo tantos? Lo que el alienado necesita para curarse es tomar contacto; no aislarse. No son celdas del espíritu sino puertas y ventanas – y ventanas sin rejas – lo que se precisa.

Así pensaba Turrímano, y por pensar así siempre extremó sus cuidados para no levantar nada que eventualmente pudiese llegar a convertirse en lugar de reclusión. Todo lo más, un par de aulas donde aprender el oficio – el de Espartaco – que debería luego ser practicado allí donde están los presos. No tiene sentido aprender a alguien para enseñarle a ser libre. Todo lo más un minúsculo laboratorio destinado a producir los fortificantes y estimulantes necesarios para la empresa; y una usina para el dínamo.

Las ideas de Turrímano no gozaban de mucha popularidad entre nosotros. Quizá porque no las comprendíamos bien, aunque eran bien simples. Probablemente fuera por eso mismo que no las entendíamos; porque no estábamos acostumbrados a las ideas sencillas.

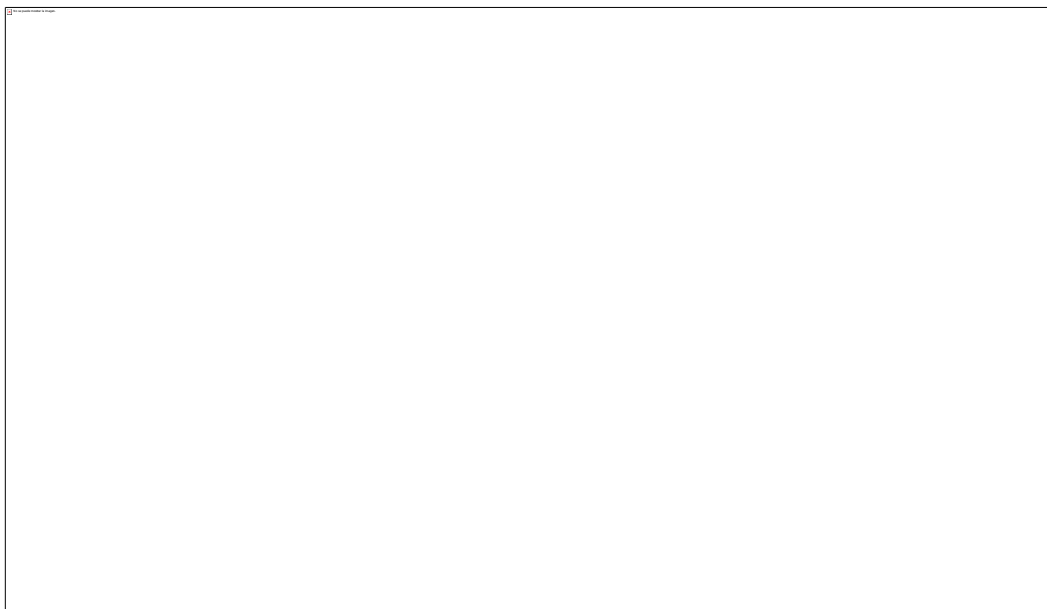
Como el que más o le que menos nos hallábamos todos gozosamente presos en alguna creencia, miraje, posición, postura o pose, o traficábamos con los embaucadores del camino que no vendían agua en frasquitos, teorías y explicaciones, y hasta horóscopos, talismanes y oraciones que comprábamos a buen precio, no veíamos la necesidad de vivir en pie de guerra contra todo ello. Y más preferíamos entrenamos como gladiadores que como Espartacos. En cuanto al oficio de Templario, carecía de atractivo a nuestros ojos. Una y otra actividad, además de difícil y riesgosa, exigía desvelos y trabajos sin producir recompensa.

Lo que a nosotros nos gustaba era más la quietud que la lucha; en todo caso, la lucha como deporte, como gimnasia saludable para el espíritu y el cuerpo. No la de andar por ahí organizando revueltas y dinamizando voluntades. Por otra parte, la cosa tampoco nos gustaba en otro aspecto.

Turrímano insistía en que no se puede ejercer el oficio de libertador sin antes haber hecho abandono de todas las ilusiones; y no estábamos dispuestos, ni veíamos por qué.

El mantener ilusiones y creencias no impide desarrollar los músculos y tener salud, no es lastre para poseer un fuerte intelecto. Ahí están San Agustín y Santo Tomás – y la mayoría de los sabios y filósofos de ayer y anteayer; y en las cosas del alma, tener una creencia – una fé – incluso parece constituir una ayuda. Salvo aquel Fuddha que no las necesitó, no han habido místicos o profetas que las tuviesen en menos. Así decíamos.

Este punto de tener que dejar las ilusiones si queríamos ser libres y trabajar por la Libertad, era algo que no entendíamos bien. Además, nuestro amigo no sabía hacer distingo entre lo que verdaderamente tiene importancia y lo que todo el mundo considera un detalle sin valor. Para él no habían supersticiones grandes y pequeñas; todas eran igualmente in-habilitantes todas igualmente letales y liberticidas. Nosotros eramos más tolerantes.



Por otro lado, ¿por qué habríamos de desprendernos de ellas? ¿Cómo se puede vivir sin ilusiones ni esperanzas? ¿Cómo, sin creencias? La gente las necesita, y en algo hay que creer nos decíamos, sin advertir que al pensar así nos estábamos enajenando. Vaciando.

-Para conquistar la libertad, es preciso ser fuertes. Entrenemos pues. Pero no para luego entrar en la arena a combatir para solaz de los asistentes, sino para poner nuestras fuerzas al servicio de la causa de todos los reclusos.

En cuanto a la Esperanza, sin duda es la fuerza espiritual por excelencia. Mas, ¿por qué necesitáis depositar-la en los Bancos de Explicación operados por las Casas de Enclaustramiento de la playa?

La Esperanza es una llama que calienta el corazón, no una palanca que necesite un punto de apoyo. Mantenedla ardiendo sin apoyarla en nada. ¿Qué haréis cuando falle el apotéh? ¿Buscar otro? ¿No comprendéis que corréis el riesgo de perder-la, y que un hombre sin Esperanza es un muerto que camina? Creer, podrá parecer cómodo, pero es peligroso. Y totalmente innecesario.

Pero no le oímos, y seguíamos entrenándonos para contribuir a los espectáculos del circo; y comprando frasquitos, alimentando creencias y

acumulando “conocimientos”.

No entendíamos que sin tener la fe encadenada no impide estar gordito, si invalida para la lucha libertaria.

Tan sencillo como es, resulta increíble que no lo comprendiésemos.

Aunque pensándolo bien, no era tan increíble. Simplemente, que no nos sentíamos Espartacos. Preferíamos ser gladiadores. Carne para el espectáculo.

Lo increíble era que supusiéramos estar trabajando por la Libertad.

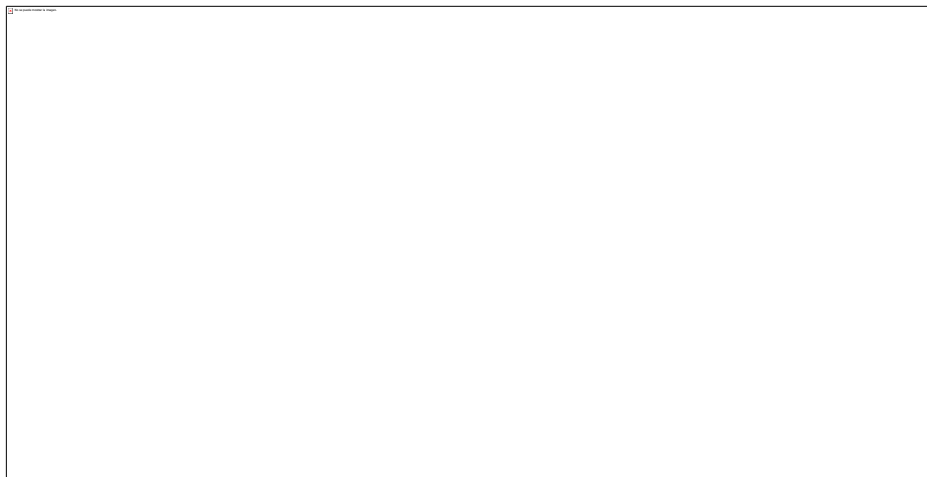
Todos procedíamos de alguna Escuela, Academia, Fraternidad, Círculo, Logia, Sociedad o Areópago filosófico o “esotérico” (que tales títulos se daban las casas de asilo que proliferaban en nuestra playa(y estábamos imbuidos de la idea de la salud del alma y el progreso espiritual no solamente se facilitan con los cuidados que se les presta en tales nosocomios, sino que procede de ellos.

Sobre todo, pensábamos que dicha salud y progreso constituyen un fin en sí mismo, y no un medio como sostenía Turrímano. Por todo eso, casi todos acariciábamos “el sueño del sanatorio propio”, donde se pudiese trabajar por el “autoperfeccionamiento” mediante gimnasias y ejercicios, instrucciones y meditaciones, ceremonias alegóricas y ritos parteadores al estilo de las Casas de donde veníamos, aunque de una manera más perfecta, completa y eficaz. Uno, que en lo posible, fuese bien grande y tuviese sucursales y ramificaciones en otras playas.

En nuestro Sanatorio, iniciaríamos en la senda de la Libertad y la Filosofía a quienes, reuniendo las condiciones básicas, llamaran a nuestras puertas. Así, podríamos hacerlo todo secretamente y mas pronto y mejor que por la apostólica fórmula que nos proponía Turrímano.

Así discurríamos algunos respecto al cómo hacer las cosas. No se nos ocurría pensar para qué hacerlas. Para qué desarrollar nuestros músculos.

Como dije recién, creíamos que tal desarrollo era un fin en sí mismo. Y como en algo debíamos emplearlos ... lo hacíamos en el Circo a lo gladiador. O sea: en nuestras aulas, a lo predicador o pontífice; o a lo pastor. El que más o el que menos, todos teníamos vocación para guías; y el que no, para guiado. Nos complementábamos. El único que desentonaba era él; Turrímano.



Inútil entonces que el pobre se desgañitara para hacernos comprender que nuestras aulas se habían establecido en función y para beneficio de una empresa más amplia, y que había llegado la hora de que entrásemos a la liza a su lado. No le oíamos.

¿Por qué no viene él con nosotros a seguir haciendo lo que él mismo nos enseño – esto es, a ser fuertes y valerosos y a enseñar a los de más a que lo sean? Lo que sirvió para nosotros sirve para los demás. Que se dedique si quiere a su labor apostólica en favor del ideal de Libertad espiritual; también nosotros lo hacemos, solo que de una manera esotérica.

¿Por qué no nos complementamos? Que se haga él su obra y nosotros la nuestra.

Cada cosa en su lugar. La labor externa debe estar al servicio de la interna, y no al revés.

Así pensábamos muchos.

No había nada malsano en nuestro pensamiento. No queríamos gobernar ni dirigir nada. Al contrario: hubiésemos aceptado de muy buen grado y con muchísima alegría que Turrímano lo manejara todo. Sólo que dentro del esquema que habíamos concebido; una labor interna y otra externa que se complementaran para constituir entre ambas un camino – un sendero progresivo de gradual internación. Uno siguiendo el cual y desde la calle, pudiese llegarse al Cielo.

!Oh si Turrímano hubiese accedido, con cuánta alegría hubiésemos trabajado a su lado!

No nos dábamos cuenta que lo que proponíamos era una alternativa de la Torre de Babel – que también procuraba llegar de la tierra al cielo. Nos comprendíamos que en las cosas del espíritu, todo funciona al revés, y que son los Cielos los que han de tomar la Tierra y no a la inversa. “Hágase Tu voluntad EN LA TIERRA”, dice la oración del Nazareno.

No acabábamos de tomar conciencia de que así entendida nuestra labor, ésta se limitaba a una preparación sin objeto. No nos preguntábamos para qué se nos hacía atletas. Y si nos lo preguntábamos, algunos que habíamos sido educados en la noción “teosófica” de la “Gran Logia Blanca”, nos contestábamos que nos estábamos preparando para el día en que “el Maestro” nos necesitase. No oíamos que YA nos llamaba; que nos había llamado desde el primer día.

Y lo peor era que enseñábamos a “los nuevos” a pensar como nosotros; no como Turrímano. Este nos dejaba hacer, quizá esperando el para él soñado día en que nos alinearíamos tomando rol en su sueño – a cuyo efecto buscaba transmitirnos – vendernos – la idea de Libertad. Enronquecía sin embargo inútilmente buscando hacernos asir verdades tan simples como la de que por ninguna vía – ni secreta ni pública – se puede trabajar por la libertad de pensamiento y conciencia mientras se sea un recluso doctrinal, dogmático o emocional. No lo escuchábamos

Lo que se necesita es materia de desenvolvimiento de la conciencia – murmuraban algunos de los nuestros que habían sido criados en ciertas ideas evolutivas – no es la sola libertad conceptual como enseña Turrímano, sino

su “expansión” hacia otros planos. En cuanto al pensamiento, lo que requiere no es tanto librarse de sus prelogismos, sino disciplina y método.

O Diógenes callo lo que sabe, o sabe menos lo que suponemos y está atrasado de noticias. Así decían aquellos de los nuestros que sentían vocación por la “parapsicología” - que ahora se llama así lo que antes tuvo otros nombres. Turrímano no negaba los hechos que dice investigar esta ciencia; sólo que los consideraba para-normalidades patológicas o hechos que respondían a mecanismos que aquella ni imaginaba.

Pero ese es otro asunto.

Inútil que tratase igualmente de hacernos tomar conciencia de que quien alimenta la ilusión de ser o llegar a ser superior o “más evolucionado” que el resto de sus congéneres, jamás podrá hacer nada por la Igualdad y la Fraternidad.

-La levadura, para trabajar, necesita estar en el interior de la masa, mezclada con ella, con-substanciada con ella. Aislada, no es sino una podredumbre acre.

Así no aleccionaba Turrímano al tiempo que ilustraba su afirmación con el ejemplo de aquel gran Zar que se hizo carpintero de barcos, contraponiéndolo a la aristocracia bien-vestida de la Corte.

Pero como si le hablase a las paredes.

Lo mismo, cuando señalaba que no se puede combatir y servir a la vez a la Mentira, mantener y aborrecer a un tiempo a la Ignorancia, alimentar y perseguir simultáneamente a la Ambición. Lo mismo cuando quería hacernos comprender que el ideal perfeccionista no tiene sentido a menos de ir acompañado de la idea libertaria y estar referido al conjunto.

-Cuando nos esforzamos por perfeccionarnos a nosotros mismos o a una reducida élite, no estamos obrando “en bien de la Humanidad” a menos de que simultáneamente nos empleemos en la Gran Tarea – nos decía; pero le hablaba al viento. Y no solamente no lo escuchábamos, sino que como dije antes, a menudo lo contrarrestábamos invirtiendo el orden de la ecuación y enseñando que nuestras aulas y laboratorios eran empresas “al servicio de la humanidad” en cierto sentido independientes y superiores de aquella en la que él se empeñaba.

-“La Obra”, la verdadera – decíamos – es la que cumplimos en nuestras aulas; lo demás debe ser considerado preparatorio. Quienes hemos recibido el privilegio de entrar en ellas debemos tomar a nuestro cargo la continuación de tal preparación. Lo que es esta etapa nos compete es estudiar y hacer y presentar trabajos para nuestra propia edificación y la de los Aprendices que han sido recibidos en este círculo; lo que nos corresponde, es tratar de meditar sobre cuanto aquí hacemos, oímos o vemos, a fin de perfeccionarnos moral, intelectual y espiritualmente a la luz de los ideales que aquí proclamamos.

El oficio de Espartaco y el de Templario es, como bien sabemos, y como se desprende del plano en que se cumple, accesorio y profano. En realidad, es la obra del amigo Diógenes, a quien sin duda debemos ayudar, pero cuya mayor utilidad será la de llegar nuevos aprendices a nuestras aulas, las cuales hemos siempre de procurar engrandecer y superar. Otros iban aún más lejos.

Mientras Turrímano andaba por esos mundos de Dios según su manía de caballero errante, éstos aprovechan su ausencia para investirse como magos, ejercer el gurulato por su cuenta (aunque girando contra la de aquel) o se daban al sacerdocio de confesionario.

-Cuando no tengas nada que hacer, venís por el negocio, - decía alguno; y cuando la visita llegaba, lo llevaba al Café donde se producía una larga conversación al término de la que el visitante recibía con gran misterio, un folletico de los tantos de Turrímano.

- Léelo; y cuando lo termines, me lo devolvéis – se le indicaba, tanto para valorizar la pieza como para asegurar la nueva sesión.

Así era como algunos de los ignorantes secuaces de nuestro amigo, convertíamos en herramientas de captación lo que había sido concebido como arma de libertad. No lo hacíamos con mala voluntad; al contrario creíamos de buena fe estar ayudando... Nos gustaba hacer el confesor y practicar el pastorado, y no veíamos mal alguno en ello. Al contrario; estábamos convencidos de obrar bien. No palpábamos el aspecto negativo implícito en todo acto de captación.

Entre los vocacionales del sayo y el turbante hubo uno – Encordáceo Echemoto – que tan pronto como advirtió que no le sería permitido officiar de pastor de ovejas junto a nuestro amigo porque éste terminaba siempre despertando en aquellas la fibra cerril, se apartó de él y puso sanatorio propio. Y allí se estará luciendo – ahora sin censuras ni interdicciones – el pectoral de Aarón y la pose del conductor.

Por estas y otras cosas, y a fin de evitar el mal-uso de nuestras aulas, Turrímano se vio obligado a desmontarlas mil veces; y lo mismo debió hacer con los laboratorios tan pronto como comenzaban a producir venenos en lugar reconstituyentes, y morbos en el de vacunas y fermentos.

Las drogas que tuvimos la oportunidad de elaborar en ellos, no eran de las ordinarias. Más bien se trataba de compuestos dinámicos, levaduras alquímicas, catalizadores del ánimo y tónicos del espíritu. También fabricábamos – es decir, pudimos hacerlo, porque nunca lo logramos del todo – unas lámparas que alumbraban sin producir sombras. No era una luz agradable para nuestro gusto; las cosas se achataban pareciendo perder dimensiones.

El único que parecía gozar con ellas era Turrímano; en cuanto a nosotros, preferíamos las vulgares – esas que proyectan deliciosas y sugestivas oscuridades y permiten el juego de la fantasía.

Asimismo manufacturábamos lentes para leer escrituras. Lentes cuyos cristales estaban dotados de un extraño poder de refracción capaz de descomponer y recomponer los texto y permitir leer directamente sus sentidos alegóricos y simbólicos; y lo más curioso era que a cada lectura del mismo texto, éste variaba obteniéndose lecciones siempre nuevas. En esto no fracasamos; hicimos varios de ellos que todavía usamos.

De igual modo debimos fabricar espejos para ver las cosas al revés. Es decir: al derecho. Pero nunca pudimos purificar debidamente el mercurio que extraíamos de nuestras minas, razón por la cual el azogue resultaba siempre demasiado opaco. Turrímano solía prestarnos el de él, para que mirásemos; pero tampoco era una visión agradable. Mareaba.

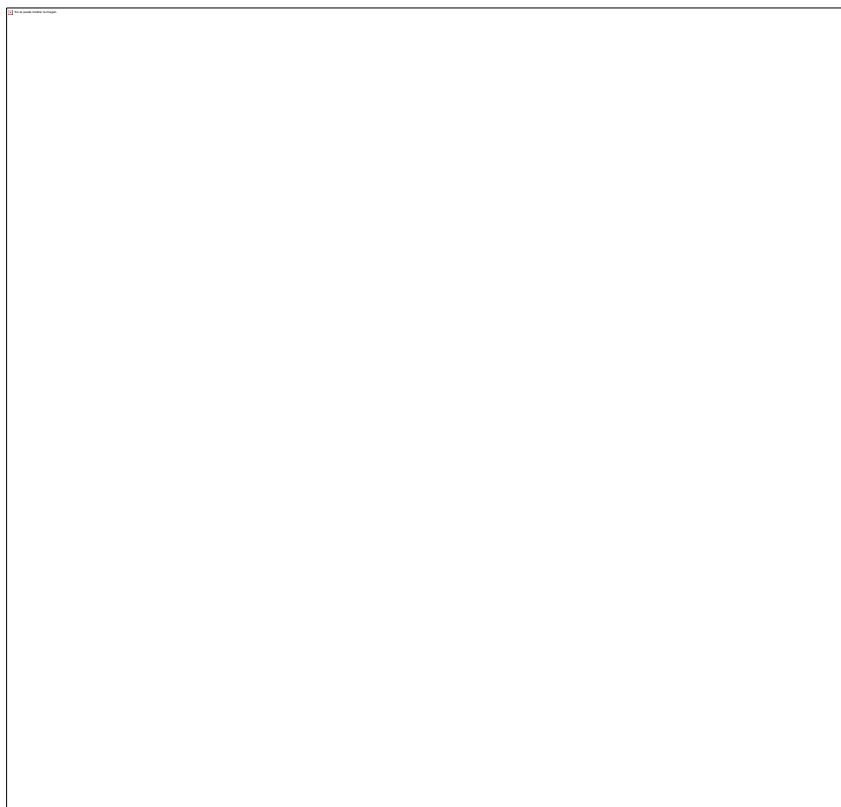
Pero lo más importante eran los fermentos, cuyos sutiles componentes debíamos exudar de nosotros mismos – de nuestra manera de ser, de nuestra carne y nuestra sangre por así decirlo. Una especie de quintaesencia sublimada de nuestra propia naturaleza metálica.

Los referidos fermentos se lograban mediante una operación de síntesis para la cual era imprescindible operar con ingredientes de extrema pureza. Con esencias “alquimicamente puras”, para decirlo en términos técnicos. Tal condición, aunque sumamente fácil de obtener, jamás pudo conseguirla Turrímano en nosotros.

De ahí sus repetidos fracasos también en este terreno. Es más; no siquiera consiguió transmitirnos el concepto – con ser tan simple y haberlo él explicado tantas veces. Pocos, si alguno, comprendimos que por “pureza alquímica” debía entenderse la ausencia en nuestra mente y corazón, de toda traza terrosa – esto es: de toda idea o afán de posesión; de todo dobles y parcialidad.

Cuando nos planteábamos la cuestión de la “pureza”, todos pensábamos en una del orden que se enseñaba en los institutos y escuelas (Sanatorios) de la playa. Una que se puede “adquirir” por la progresiva incorporación a nuestras naturalezas, de hábitos “buenos” - los cuales (suponíamos) irían desplazando gradualmente a los “malos”. Pero la “pureza alquímica” no procede por adquisición sino por “abandono y transformación”; y comienza por lo que se llama “pureza química”, según la cual un plomo con trazas de oro es tanto más impuro cuanto más partículas posea del noble metal ...

En Alquimia, como en Química, “pureza” significa en primer término “integralidad”. Ser lo que se es de una manera total. Solamente en un cuerpo así de integro puede operarse la “tras-formación”.



Aunque sea entrar en una digresión, diré aquí que tal “tras-formación” (tal formación trascendente) no procede del “trabajo” de los cuerpos sobre sí mismos, sino de la acción en ellos del “polvo de proyección” o “semilla de oro”; y que esta acción no es posible mientras aquellos no hayan sido llevados a su mejor “pureza”. Todo “deseo de posesión” que hay en ellos (aunque sea el de poseer “pureza” y el de “ser mejores”) no es sino una terrosidad que impedirá el proceso. También lo anula el “deseo de ser lo que se es” (o sea: un plomo que desea ser plomo).

Lo único que el cuerpo a ser transformado puede hacer, es “repugnar-se” - y eso lo lleva a lo que técnicamente se llama “morir”. Sólo entonces actuará sobre él la “semilla de oro”. Y lo hará sin ningún proceso gradual, sino de una manera súbita.

Todo ésto dicho así es lenguaje literario, podrá parecer complicado; pero es bien siempre. Lo que nos trae a una actividad altruista (y ésta de promover el ideal libertario entre los que tienen el alma esclava o dormida lo es) es esa incontenible presión interior que llamamos “vocación”. Quien la sienta de verdad, no podrá permanecer más tranquilamente aburguesado ni se conformará con salir a juntar maca-chines por los verdes prados de la espiritualidad emocional. Una actitud así le causará una indecible “repugnancia”.

Si no la siente, o si lo que le repugna no es más que suciedad exterior – o quizá el noble barro de la calle – tiene más vocación altruista que la buena señora de la Liga cuyo “sentido social” no va más allá de la organización de fiestas de beneficio. No estamos hablando de eso ¿verdad?

Pero si la siente, entonces se pondrá con todas sus fuerzas, sin dualismos no cantones reservados, y sin pedir ni dar cuartel, a agitar las conciencias y a combatir la superstición y demás vicios esclavizantes. Y por ese solo hecho – por participar en la obra de la tras-formación del mundo – YA está mutado él mismo. Eso sí; no tendrá ni tiempo ni ganas para pensar en lavarse, peinarse y echarse colonia.

En cambio, el que en materia espiritual se limita a “ponerse lindo”, puesto

que se “forma”, jamás se tras-forma. Será una oruga más gorda; pero morirá siéndolo; jamás llegará a mariposa. Y es interesante observar que los que entienden la espiritualidad como un autopulimiento personal, tienen en menos precisamente aquello que podría transformarlos definitivamente.

Como digresión, ya alcanza. Volvamos ahora al punto de nuestro fracaso en la producción de las levaduras.

Según lo dejaban entrever nuestros votos, se suponía que la Mentira, la Ignorancia y la Ambición debían considerarnos “muertos”. En la práctica, sin embargo, tales asesinos nos encontraron siempre vivos y bien vivos; y dispuestos a reaccionar a ellos... Si hubiésemos estado verdaderamente muertos para esos vicios del alma, si hubiésemos realmente hecho abandono de nuestras terrosidades cuando, siguiendo la costumbre establecida hicimos la vigilia de Reflexión sobre nuestras armas (porque se ha de saber que nuestro grupo estaba organizado como Orden de Caballería), nos habríamos encontrado en el estado de “pureza alquímica” necesario para el trabajo en el laboratorio. No habría existido en nosotros ningún afán de posesión, ningún doblez, ninguna parcialidad.

También debo decir que en nuestra jerga es “doble” toda dualidad, tanto de ser como de objetivo. Ser doble (llevar una vida doble: una común y otra espiritual) o perseguir un doble objetivo (uno material y otro espiritual, uno egocéntrico y otro altruista) y muy especialmente la hipocresía de luchar contra la superstición al tiempo de seguir siendo su esclavo (y todos los éramos siquiera en alguna – homeopática – medida) es “doble”.

No faltaba entre nosotros quien entendiese la pureza en relación con las funciones corporales. Pensamientos nobles, sentimientos altruistas, deseos elevados, aire puro, alimento sano, y sexo reprimido o por lo menos controlado. Tal era nuestra fórmula.

Turrímano se reía.

-El poder generador que es preciso controlar es la lengua, que genera rencillas. Aprended a comérosela y tendréis el mejor y más sano de los alimentos. Por las mismas, procurad que vuestros pulmones y los de vuestros amigos respiren siempre el aire puro de la cordialidad; no hay

respiración mejor.

En cuanto a los pensamientos y apetitos del alma, vosotros confundís pureza con lo que en el mejor de los casos es refinamiento, y en el peor sólo trastorno glandular. No hay impurezas alguna en gozar de cuanto la vida nos ha regalado; lo que ensucia no es ésto sino el pretender adueñarse del objeto que nos da placer o nos es grato. Gozad, pues de la fortuna, la amistad, el amor, el arte, y de cuanto queráis; noble o plebeyo, refinado o burdo – que eso es cuestión de gustos y carece de importancia. Pero no “tengáis”...

Hacía énfasis en ese “tengáis”. También nos decía;

- Todo el mundo es vuestro; gozad-lo en el desinterés, como don de Dios, pero tratéis de poseerlo, porque seréis poseídos.

Decididamente, no entendíamos a nuestro amigo. Criados como estábamos en la idea de las “vibraciones”, creíamos que refinar los gustos y los sentidos era un práctica saludable; que desatender nuestras inclinaciones groseras y propender a las elevadas nos hacía más “puros” ...

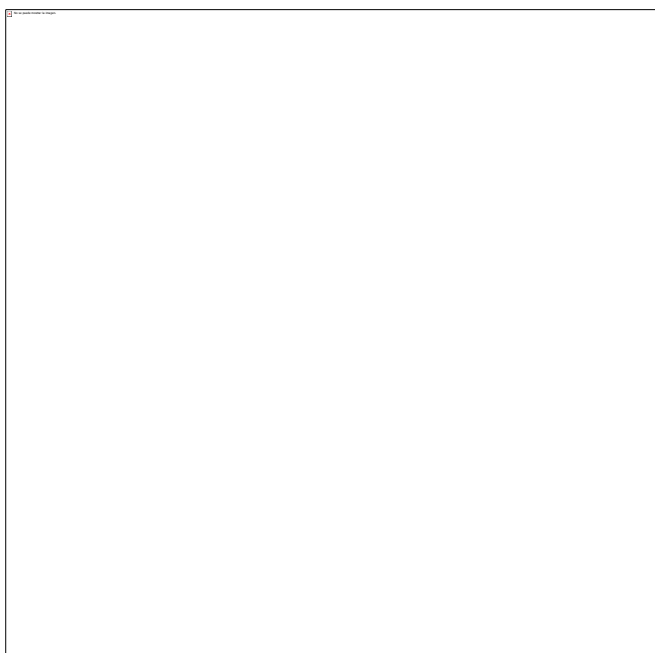
!Y Diógenes nos decía que no; que todo eso en lugar de beneficiar, perjudica nuestro trabajo!

¿Es que debíamos abandonarnos a nuestros instintos?

Cuando le planteamos la cuestión también se echó a reir con ganas.

- !Por supuesto que no! Si no lo hicieran nuestros votos, nuestras convicciones nos obligarían a ajustarnos a la norma moral civilizada. No hay entre nosotros lugar para los patanes y los cochinos. Lo que les quiero decir es que el refinamiento es como la ropa limpia: mejora la apariencia del hombre, no al hombre mismo. También poco andar sucio mejora al hombre. Lavarse es bueno; pero no “purifica”.

Confundidos como estábamos, todos continuábamos teniendo y acumulando bienes (¿o males?) de toda índoles: de fortuna, familia, amistad ... todos amontonábamos “conocimientos”; todos continuábamos “teniendo”; ideas, sentimientos, propósitos. Todos seguíamos procurando “enriquecernos espiritualmente”. !Qué tontería! !Como si una cosa así pudiera ser posible! !Como pretender asir la luz y el aire” La riqueza espiritual está allí a la mano de cuantos quieran tomarla ... y a la vez, tan inasible que querer atesorarla es una idea absolutamente descabellada. Sólo aquello que es “Terrosidad” puede acumularse.



Turrímano no se quejaba de que no lo entendiéramos. También el pueblo de Israel cuando andaba por el desierto, quiso guardar el maná del cielo; pero éste se pudrió. !Ya aprenderíamos cuando soltase hedor! Tampoco nadie había comprendido las palabras de Jesús cuando como condición imprescindible para alcanzar el Reino, ponía la de “ser pobres en espíritu” - esto es: gozar sin poseer, que es la manera de ser rico siendo pobre y la de ser libre siendo rico. En cuanto a lo de poseer sin gozar a lo casto José, nuestro amigo decía que era doble pecado; por poseer y por no gozar.

En cuanto a la creencia de que la dieta influye en la pureza, Turrímano se plegaba a la enseñanza del Nazareno: lo que ensucia no es lo que entra por la boca sino lo que, de ella sale.

No se quejaba pues nuestro amigo; pero se impacientaba cuando sorprendía a alguno de nosotros tratando de infundir la codicia espiritual en algún “nuevo”. En tales ocasiones siempre intervenía – lo que nos disgustaba porque mellaba nuestra “autoridad” ...

Sin duda no es fácil gozar sin poseer como los dioses. Pero estaba en las manos de Diógenes hacer que el oficio de éstos (y la síntesis alquímica que produce el vino que exalta el ánimo es tarea del mayor de todos ellos: el Dionisos de los Grandes Misterios) pudiese ser desempeñado por quienes no lo eran. ¿Cómo se puede esperar que esclavos satisfechos exuden el ingrediente del elixir de la Libertad? ¿Cómo, de ambiciosos – siquiera sea de Perfección – se ha de desprender el perfume del Desinterés? ¿Cómo de la contumacia de los siervos del parecer podrá destilarse el alcohol de la Verdad que es el único antídoto de esos males?

No. No es fácil.

Pero lo hubiera sido si hubiésemos estado verdaderamente “muertos” - condición que habíamos todos aceptado muy voluntariamente.

Para ser un dios y desde que YA lo es, el hombre no necesita sacrificar sino las roñas que lo cubre. Y a ellas nos apegábamos como si hubiesen sido (quizá lo fueran) nuestra propia vida. Dicho de otra manera; para trabajar en el singular laboratorio que había levantado Turrímano, no necesitábamos renunciar a nada que no fueran nuestras ambiciones y prelogismos. Con eso hubiera sido más que suficiente.

Todos estábamos dispuestos a sacrificarnos. Quien a dar parte de su tiempo, quien algo de su comodidad, quien su trabajo o su dinero. Lamentablemente pocos, si alguno, quisimos desprendernos de aquellas bónicas.

No engaño nuestro amigo a quienes fuimos admitidos al laboratorio. A todos nos dijo que veníamos en calidad de corderos al sacrificio y todos aceptamos gustosos – quizá por el atractivo de aparecer como “elegidos” ante nuestros camaradas. Pero cuando nos carga con responsabilidades y exigió que asumiéramos el papel de la víctima – y vimos que sacrificio significa sacrificio y que el cordero no cuento sino como sangre, carne y vísceras – todos esquivamos el puñal de obsidiana haciendo lo que no era nuestra obligación y no haciendo lo que sí era.



Por cierto que no habíamos inventado nada. Los antiguos también intentaron sustituirse inmolando toros, corderos y palomas; nosotros, tiempo, comodidades, trabajo y dinero. Pero en esta materia no valen los subterfugios, sólo cuenta la auto-inmolación.

No la física, por supuesto, sino como ya dije, la de la “persona” en lo que ésta tiene de sucio y de mezquino. Que ESO era todo lo que se nos pedía para tomar parte en la operación. Probablemente nunca tomamos plena conciencia de que para producir el fermento libertario resulta imprescindible que en lugar de amar nuestras cadenas conceptuales como lo hacíamos, las aborreciésemos; y que nos diésemos a limar y no a lustrar los barrotes de nuestras rejas.

Fue, quizá, porque no advertimos con total claridad que es imposible copelar el metal de una fraternidad verdaderamente universal con ingredientes llenos de apegos, apetitos, envidias, afanes de predominio y otras deleznales ruindades de las que ninguno de nosotros estaba libre.

El hecho fue que Turrímán se vio obligado a desmontar sus laboratorios una y otra vez. A menudo, apenas habían sido puestos a funcionar.

Lo criticábamos.

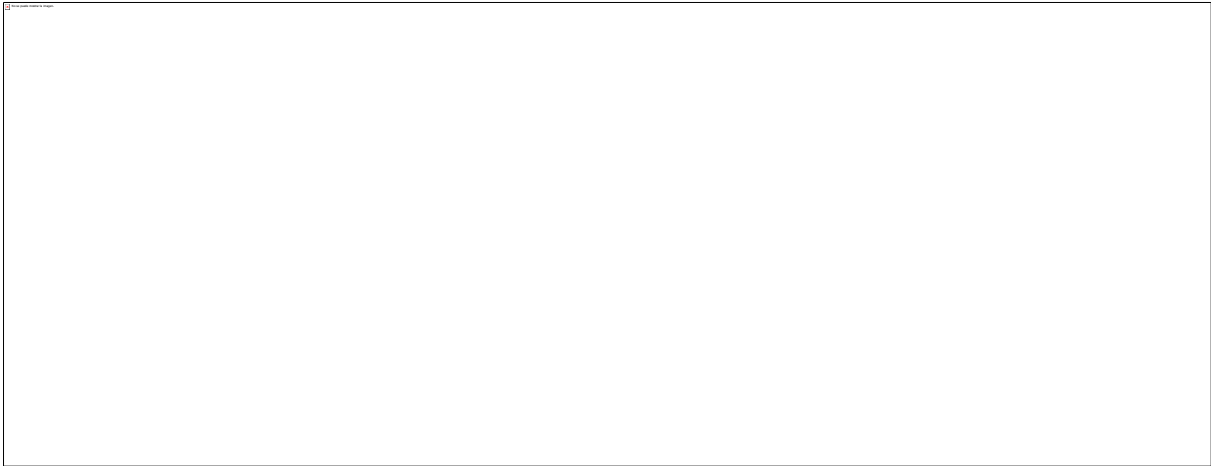
-¿No hubiese sido mejor seguir con el laboratorio en lugar de lanzarnos mal implementados a la lucha franca?

Así decíamos sin querer ver que si aquello fracasó no fue por su deseo. Simplemente... no pudimos.

Aunque sin lugar a dudas buscaba el triunfo, a él parecía no importarle los fracasos. Como si entendiese que los cadáveres que se encuentran a uno y otro lado del camino de la libertad de pensamiento y conciencia no señalan las derrotas sino los hitos del progreso.

-Todos sabemos mirar las cosas al revés cuando nos conviene; lo que la mayoría no sabe, es qué le conviene realmente. En cuanto a “mí” (lo acentuaba), me conviene ver las cosas desde un ángulo que me ayude a mantenerme erguido en la lucha. No me da la gana ver ni de pensar otra cosa.

Cuando hago memoria de aquellas épocas felices y miro las cosas con la perspectiva de los años, encuentro que Turrímano tenía razón y que en definitiva y aún en el fracaso (y quizá CON éste – puesto que el sacrificio que no hicimos de grado resultó en todos los casos cumplido por fuerza) todos – aún aquellos que no volvieron a levantarse, aún los que traicionaron y nunca más volverán a sentarse entre nosotros – contribuimos al famoso Elixir.



* * *

LA HISTORIA DE DIOGENES

Turrímano no se atribuía la paternidad de la idea de una falange libertaria que desarrollase su actividad en el terreno del espíritu. Al contrario; se tenía como un modesto integrante de la misma, la cual – sostenía – había existido desde siempre porque siempre estuvieron estas playas y siempre habían llegado a ellas toda suerte de náufragos.

- En todo momento se necesitaron aquí parteros de almas y alumbradores de conciencias; y también combatientes para hacer la guerra a los esclavizadores que se auto-presentan como curanderos del espíritu – decía; y se sentía integrado a parteros y luchadores.

Cuando tocábamos el punto relativo al origen de nuestro grupo, Turrímano se esforzaba por hacernos creer que había concebido espontáneamente la idea de emular a quienes consideraba como sus predecesores, y que no lo unía a ellos otro lazo ni mantenía otra relación que la puramente ideal. Pero no nos convencía.

Quedaba en el aire la cuestión de saber dónde había aprendido su oficio – y era evidente que el suyo no es de los que se inventan. ¿Quién le había enseñado la extraña técnica de laboratorio mediante la que se fabrica el fermento transformador, el polen vivificante y otras medicinas del alma? ¿Quién, el secreto de los misteriosos lentes de leer Escrituras y los espejos para mirar al revés – es decir, al derecho? !Y nos constaba que todo eso funcionaba” !Y cómo!

Nunca accedió a aclararnos este punto. Se limitaba a decir que antes que él hubo otro y otros.

De cualquier manera, algo fuimos sabiendo. Uniendo rumores recogidos aquí y allí con datos sueltos y veladas alusiones, pudimos recomponer la historia.

Uniendo rumores recogidos aquí y allí con datos sueltos y veladas alusiones, pudimos recomponer la historia. En lo que supimos, había mucho de legendario

- como aquello de que Diógenes había llegado montado en un unicornio.

Luego supimos que no había sido así; que como a todos nosotros lo había traído un viento que le soplabá desde adentro. Ciertó que éste se le levantó cuando leyó aquel cuento titulado “El Unicornio” - y de ahí la leyenda; pero pudo haberlo producido cualquier otra cosa o circunstancia.

Siempre ocurre así. Los hechos son simples; luego, la imaginación se encarga de agrandarlos. Aunque uno nunca sabe. ¿Son verdaderamente simples, o desde su origen son complejos en los que lo legendario se entremezcla en calidad de agente provocador? ¿Es que la imaginación agranda las cosas o es que la visión “normal” las achica y parcializa?

Lo único que puedo decir, yo que he conocido a Turrímano, es que si hemos de hacer su historia no podemos descartar lo fantástico donde tenía sus raíces de utopista; ni tampoco lo concreto donde, como luchador que era, se movía.

- Puesto que tenemos dos ojos, usémoslos. No es posible ver las dimensiones sino mediante esa doble visión. Sólo los cíclopes están obligados a la miopía y ver las cosas chatas, nosotros no; y por eso podemos embriagarnos con el mosto de Dionisos que a ellos les resulta fatal.

Así solía hablarnos; y así vamos a recorrer su historia; con los dos ojos abiertos y exaltado el entendimiento con el mágico licor que les da la doble visión.

El cuento no era sino la fantasía de un escritor; un animal fantástico que se “materializa” durante una sesión mediumnímica. Nada especial, aunque suficiente para que nuestro amigo enloqueciera. Nada extraordinario, pero lo bastante para sacarlo de lo real-concreto y lanzarlo para siempre al teatro de lo maravilloso. Es decir, a estas playas.

Y también para librarlo de ser captado cuando lo abordaron las pandillas que recorrían la costa el día de su arribo.

Mucho y muy bien hablaron los emisarios de los distintos sanatorios de la playa; pero ninguno consiguió llevárselo. Uno a uno los fue desanimando.

-No. No estoy interesado en “tomar las aguas” ni en las propiedades curativas del ajo y la cebolla. No estoy enfermo.

-No. No deseo comprar una alfombra persa para volar a países extraños; no quiero ir a Estambul ni a ninguna otra parte.

-No. Tampoco el aquelarre lúbrico. Nunca necesité de estimulantes.

Así los fue despachando a todos. Al astrólogo que con sólo saber el día de su nacimiento ya pudo decirle el signo que lo gobernaba, y que quería trazarle el horóscopo y venderle un anillo y una gema; a la tiradora de cartas que pretendió captarlo con un “hay una mujer que te quiere y un hombre que te odia” y le ofreció sus celestinajes propiciatorios; al turco buhonero que baratija espejitos, cuentas de colores y demás abalorios – todo con olor a jabón florido; al yuyero que le abrió su zurrón y quiso interesarlo en una piedra-imán.

También debió desprenderse de un predicador insolente y de varios mozalbetes rapados procedentes de un ashram cercano.

Es que no había venido a comprar.

Indiferente a todo lo que no fuera su objetivo, como aquel niño que buscaba su gatito entre el policromo y ensordecedor batifondo de una feria, así Turrímano buscaba el suyo.

Esto es: su unicornio.

-Señor, ¿ha visto usted por casualidad a mi unicornio?

Estaba loco.

El fantástico relato lo había despertado de pronto al pasmoso mundo en que viviera de muy niño – y de ahí el impacto.

No recordaba cuándo se había quedado dormido, ni creyó estarlo mientras soñaba la plana realidad de los concreto; pero ya estaba despierto y eso era lo que importaba. Había vuelto al país de los Grim y los Perrault al que entonces penetrara adentrándose en el calor del regazo materno, o en el de la abuela y las tías viejas – todas las cuales fueron sus iniciadoras.

Es probable que fuera dormido en el mejor de los refugios que conoció al unicornio que ahora lo llamaba. Asimismo es posible que fuera de entonces que le viniera la inclinación que – ya más crecido – lo hacía elegir aquellos libros de cuentos que hablaban de los antiguos dioses y héroes. De Odin y Thor, de Rama y la dulce Sita, y del magnífico Hannuman que ayudó al héroe a triunfar de los demonios – todos los cuales igualmente lo llamaban.

Quizá todo le venía de sus paseos con el abuelo durante los que éste le relataba las historias del Olimpo, las vicisitudes de Zeus y las intrigas de Hera, Hermes y Poseidón, las hazañas de Herakles y las delicias y bellezas del palacio submarino donde vivían las Nereidas.

!Quién sabe de dónde le venía todo eso! !Quién sabe cuándo lo habrá olvidado” Por suerte había oído a su unicornio que lo llamaba y se había despertado. Por fortuna estaba nuevamente – definitivamente – loco.

Lo que no lo están – los que ven con un solo ojo – no perciben sino las sombras de esta patria maravillosa; y por eso el suyo es un mundo de títeres que no saben que lo son, pero cuyos hilos se mueven desde aquí. El los creen que es a la inversa; pero los que tenemos el privilegio de la locura sabemos que su mando no es sino el reflejo de Gulliver en el país de los gigantes – o en el de los enanos.

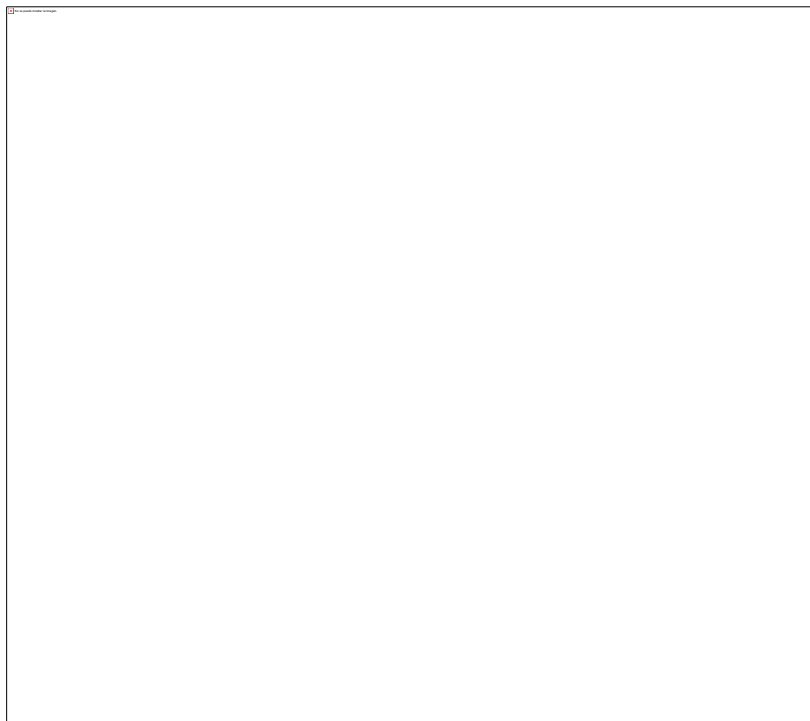
Plano de sombras que por serlo, son de suyo malvadas y por eso se complacen en invertir las moralejas y en conceder el triunfo al lobo sobre Caperucita o haciendo que el príncipe desdeñe a Cenicienta y prefiera a sus perversas hermanas.

Nosotros sabemos que la verdad no está allí sino aquí, de éste lado; y que si las sombras no obedecen es sólo porque aún es muy temprano y el sol no ha

tomado altura. Pero la tomará. De eso no les quepa a las sombras duda alguna. El sol brillará.

Estábamos en que Turrímano había venido a nuestra playa en busca de su unicornio, y en que preguntaba por él a cuantos se encontraba. Nadie lo oía. Todos hablaban y hablaban de cosas importantes, trascendentes e inaplazables. Todos recitaban su lección como un sonsonete monocorde.

Aquí pudo apercibirse nuestro hombre de que todos estaban dormidos. !Dormidos en el país de los sueños que es donde resulta mas hermoso y necesario estar despiertos! Y más que dormidos. Hipnotizados. Pudo darse cuenta, pero no reparó en ello. Es que él también lo estaba.



Por allí se topó con uno que lo escuchó. Silvano Legrand, se llamaba. Turrímano tuvo así otra oportunidad que igualmente desaprovechó; la de aprender a distinguir a los dormidos de los despiertos (porque los primeros sólo monologan; únicamente los segundos conversan). Es como dije, él mismo continuaba dormido; de manera que se limitó a alegrarse por poderse comunicar.

Silvano Legrand era bastante mayor que Diógenes; pero eso no impidió que entre ambos naciese una estrecha amistad.

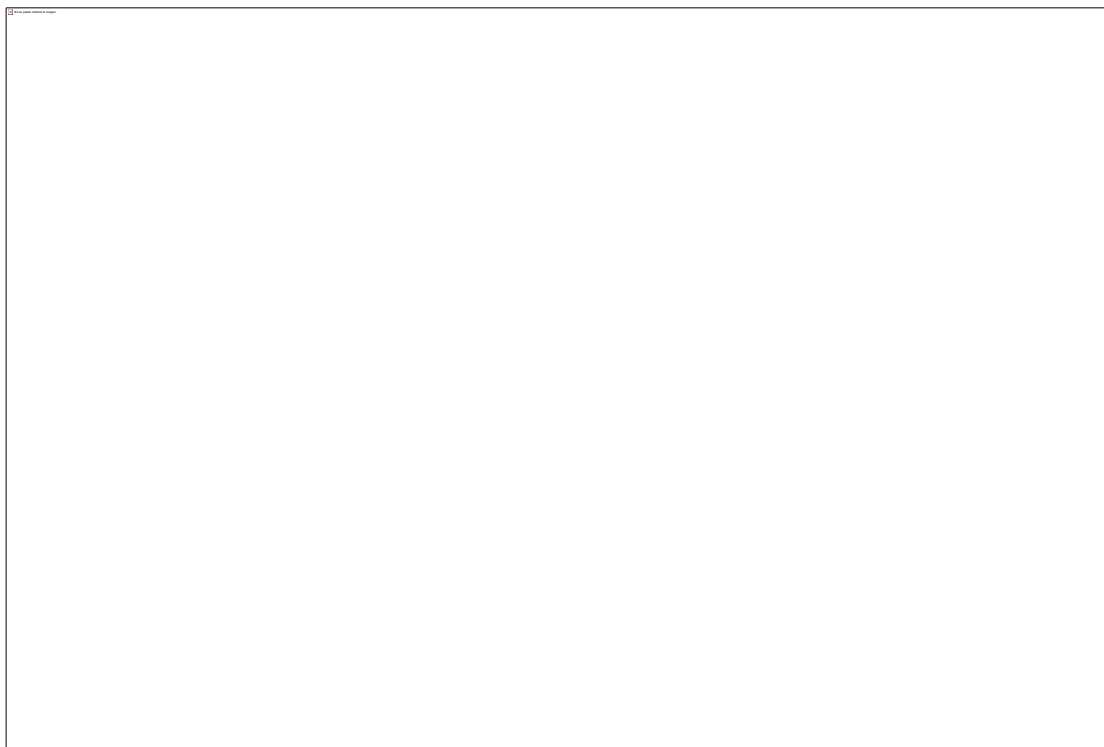
Quiso aquel hacerle ver que no encontraría u unicornio en la salas de sesiones; pero fue en balde. Nuestro amigo aún tenía demasiado materializado el pensamiento. Entonces, Silvano lo ayudó a introducir en el pintoresco círculo de los “mediums” y su fantasmal cohorte.

Turrímano aprendió el vocabulario con facilidad, y muy pronto estaba emporcado hasta los pelos de las miasmas “astrales” y “esotéricas”. Trabajó, estudió, experimentó, y enfermó... pero no encontró otra cosa que fenómenos y “explicaciones” tan descabelladas como absurdas para los mismos. Y una mezcla increíble de credulidad, ingenua buena fe, y fraude. Del unicornio, nada.

Más tarde y siempre buscando, encontró en otras tiendas otras explicaciones de los mismos fenómenos. Más sesudas y elaboradas. Más “científicas”... pero sin los fenómenos. Gentes libresca-mente informadas que teorizaban y pontificaban sobre cosas que jamás habían visto ni conocido. Del unicornio, ni noticias.

Con Silvano visitaron uno a uno todos los lugares de la playa donde pudiera tenerse alguna, pero siempre con el mismo resultado negativo. No halló otra cosa que gente hipnotizada.

Gente que se comportaba al estilo de los habitantes de las fantásticas tierras que visitara Marco Polo y que se desplazaban rodando como si no tuvieran sino un pie o que “pensaban con el corazón como si no tuvieran cabeza”.



No fue del todo inútil, sin embargo, la pesquisa, porque la misma nuestro Diógenes aprendió muchísimas cosas respecto a cómo, por qué y en qué se autoaprisionan los hombres. Es que por entonces ya se había despabilado un tanto. Descubrió, por ejemplo, que mientras cada grupo poseía una feligresía estable propia, también nómadas que los visitaban todos.

Los encontraba aquí y allí y en el otro lado. Como la cosa le llamó la atención, comenzó a observarlos más detenidamente, y vio que no eran todos de la misma clase.

Habían unos que iban cargados de cadenas procedentes una de cada lugar que visitaban – las cuales hacían sonar ruidosamente en todo momento y a menudo de la manera más inoportuna. Turrímano los catalogó como turistas, amantes de coleccionar souvenirs – sólo que éstos juntaban grillos y grilletes del pensamiento.

Otros, iban de un lado a otro sólo para oírse. Se auto-etiquetaban como buscadores; pero no buscaban sino escenario y acústicas para sus declamaciones. Una variedad de éstos auto-escuchas estaba formada por los “dudadores”; empedernidos destructores de fes y esperanzas. Todos no eran otra cosa que frustrados vergonzantes necesitados de disimularlo.

Pero había entre los nómadas una categoría diferente – los cuales reconocieron a nuestro Turrímano, y éste a ellos. Fueron éstos quienes lo llevaron al encuentro del unicornio.

Hagamos una breve digresión para ocuparnos de este símbolo. Porque este animal lo es; y como tal, constituye la representación imaginativa de un contenido del alma. O mejor; es emblemático de ésta, considerada en su más pura esencia.

Los Vedas ya mencionan al Unicornio.

Moisés, en la bendición de las doce tribus que hizo antes de morir, llama “apartado de sus hermanos” a José; y, asemejándolo al “primogénito de su Toro” dice que con sus cuernos – cuernos de unicornio – acorneará los pueblos hasta los confines de la Tierra” - lo que significa dos cosas: que tendrá la Tierra por heredad, y que logrará el ideal de la Fraternidad Universal.

En el lenguaje de los símbolos, “apartado” es epíteto con que se alude a la víctima ungida para el sacrificio; “el Toro es el que muge”, o sea el Verbo; los “cuernos” son las protuberancias frontales representativas del poder intelectual del alma.

Dice “El Fisiólogo” (obra cuyo origen se sitúa y data en Alejandría entre los siglos II y III de nuestra era) que “tiene” un solo cuerno porque ya dijo el Salvador; Mi “padre y yo somos uno sólo.” “El Salvador” se ha de interpretar como Cristo, mas también como su Iglesia.

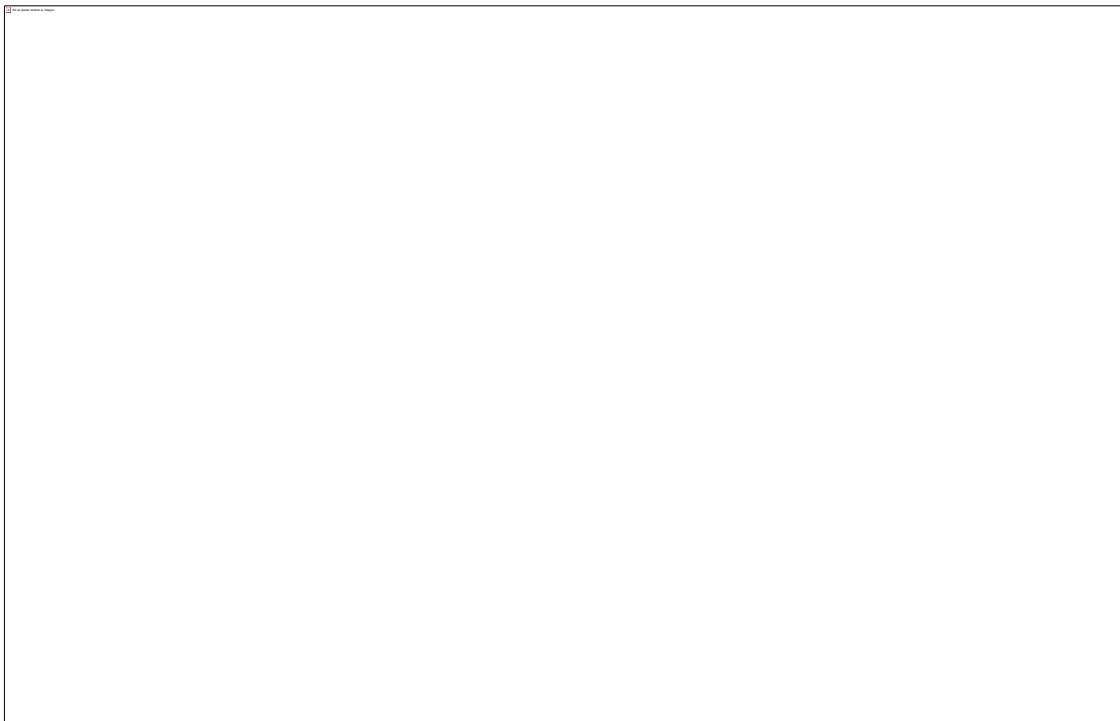
O sea: como el espíritu de salud y arquetipo del Paráclito o Logos, y también como su libertadora y salutífera stirpe. Entonces, el único cuerno significa la unicidad absoluta entre la forma palabra-acción exterior y la esencia-espíritu interior.

El paralelo unocornio-Cristo que acomodado a sus puntos de vista teológicos, recogen Tertuliano, Agustín e Isidoro, está ya presente en Lucas: “Y nos alzó un cuerno de salvación en la casa de David.” (Lc. I-69). Pero aquí no estamos hablando de teología sino de mitología; y nos interpretamos el símbolo a la manera cristiana, sino “Crística”. Es leyenda que el cuerno de este animal mitológico es salutífero tanto si se usa como cáliz, como en forma de polvo.

Dicen las leyendas que el unicornio es amigo de las aguas puras y enemigo del Dragón que las envenena; y que por eso acostumbra pastar alrededor de las fuentes claras. Y cuando el dragón se acerca, absorbe agua en sus fauces y lanzándola con fuerza. También dicen que cuando los animales silvestres sienten sed, no proceden a satisfacerla de inmediato sino que esperan junto a la fuente a que llegue un unicornio, el que al beber en ella purifica las aguas. Entonces sí calman su necesidad.

Estas leyendas se refieren a la función soteriológica que se manifiesta en la obra de liberación. La afición del Unicornio por “las fuentes claras”, el dragón que las emporca, el procedimiento que emplea el unicornio para ponerlo en fuga, etc, son alegorías cuya debida inteligencia no necesitaba ayuda. Hay una “obra de envenenamiento” y otra de purificación, una de aprisionamiento y otra de libertad y vuelo.

Los esclavizadores de las conciencias y los que cantan en sus jaulas no responden al Unicornio sino al Dragón.
Juzgue pues cada cual a quién sirve.



Porque hablando metafóricamente gustaban pacer en las fuentes originales, porque se esforzaban en llevar a su primer pureza las aguas en que calman su sed sus hermanos los otros hombres, porque libraban batalla sin dar cuartel contra los envenenadores soplándolas encima las aguas que habían absorbido de las fuentes originales... nos nómadas a los que se unió Turrímano “pertenecían al Unicornio”.

Si en lugar de en éste viviésemos en otro siglo, éste figuraría sin duda sobre sus escudos y los bardos que cantasen sus hazañas no dejarían de mencionar que “su fiereza era como la del unicornio y sus lanzas invencibles como cuernos de ese animal”.

La caza del unicornio es deporte que siempre ha atraído a los cazadores, tanto por los riesgos que entraña como por lo valioso del trofeo. Pero no es posible capturarlo por la fuerza o la simple astucia porque sabe disimularse tan bien que resulta imposible descubrirlo; y en caso que alguien llegara a atisbarlo huye con tal velocidad que sería quimera pretender alcanzarlo, ni hay proyectil que lo iguale en rapidez.

Es que no es presa para cazador, sino botín de amante. En efecto, la leyenda enseña que si una virgen se sienta en medio de un terreno llano, no tarda en salir de la espesura en que se esconde para correr a refugiarse en su regazo. La alegoría es simple.

En simbolismo, la Mujer es Ishá; Isis. También es la Luna fecunda – tan esquivada como ávida de solares preñeces. Liviana en ocasiones – y hasta prostituta – no deja de ser, sin embargo la Gran Parturienta, la Matrona, la inefable Shekinah representativa del poder imaginativo cósmico que a nivel humano se presenta como Entendimiento.

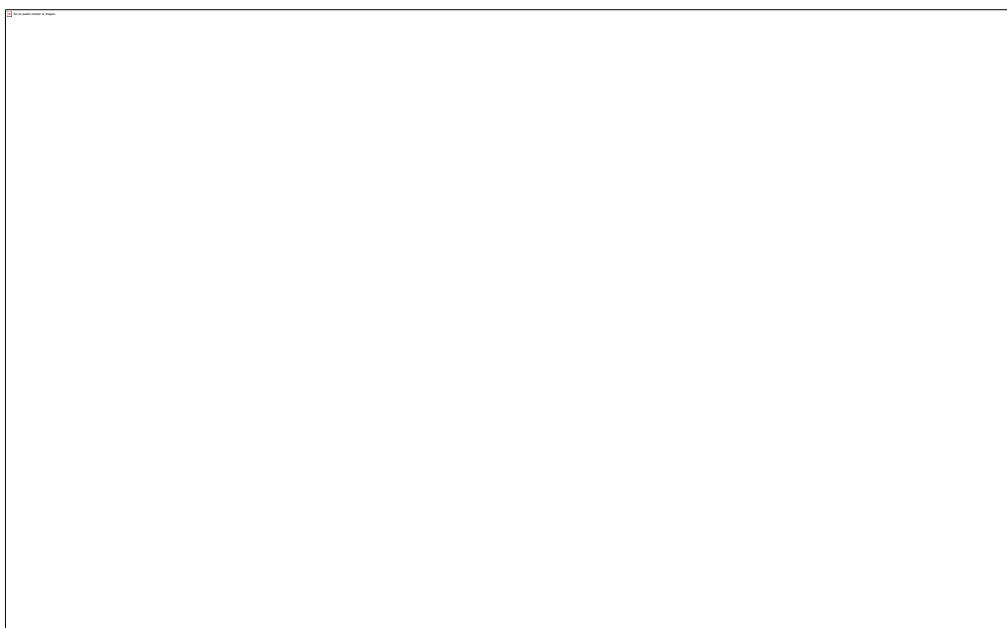
Y bien: es al entendimiento puro asentado en campo llano, es al alma que está libre de coyundas perturbadoras a la que acude el unicornio – que entonces puede ser conducido “al palacio del Rey, de cuyo jardín será en adelante el más fino adorno”.

Dicho más sencillamente: Una mente comprometida y maculada, un entendimiento opulento de ideas y conocimientos o enfermo de ambición o de envidia, no es espejo apropiado para que acuda a él la imagen de nuestro símbolo.

Expresado aún con más simpleza: para que aparezca el Unicornio es preciso “ser como niños” empezando por tener “tres años; luego cinco, y en seguida siete”... siempre que a la candidez de la paloma esté agregada la sabiduría instintiva de la serpiente.

Alguien dirá: ¿Que pasa, entonces, con el entendimiento que por proclive a todas las liviandades anduvo de tienda en tienda entregado a todos los falsos amores? ¿Le estará vedado el amor del Unicornio?

No por cierto mientras haya sabido conservar intacta la pureza de su esperanza – el ánfora de delicado perfume que Magdalena había guardado desde se juventud y que usó para ungir los pies de su Maestro. A un tal entendimiento acudirá el Unicornio – si sabe seguir el ejemplo de aquella, aunque se haya vaciado mil veces.



* * *

Estábamos en que nuestro amigo había encontrado a los suyos – todos ellos “primogénitos de su Toro”, todos “acorneadores de naciones”, todos enemigos del Dragón, restauradores de fontanas y sacudidores de modorras; y estábamos en que éstos habían accedido a conducir a nuestro héroe hasta su unicornio. Para eso, debían atravesar el espeso bosque – impenetrable “selva selvaggia” que crecía más allá – mucho más allá – de los edificios de la pláya. Hacia allí se encaminaron.

Lo que sigue de nuestra historia no se basa sino en rumores que jamás pudimos confirmar.

Parece ser que los acompañantes de Turrímano – que vestían cota – avanzaban fácilmente, y pronto se le adelantaron perdiéndose de vista. No así nuestro héroe cuyo vestido iba quedando prendido a girone en las punzantes espinas venenosas que le cerraban el paso. No tardó, pues, en quedarse solo sin otra guía que las voces de aquellos – que oía cada vez más lejanas. Pero logro atravesar la maraña y llegar al otro lado.

Desnudo y chorreando sangre: pero llegó.

Se encontró con un caudaloso río de fuerte correntada. Las voces de sus acompañantes sonaban más allá – de manera que se dispuso a cruzar el imponente torrente. Jamás lo hubiera conseguido si no por la providencial ayuda que recibió de aquel Cristóbal que apareció como por milagro y que se despidió sin aceptar agradecimientos.

Fue entonces que se levantó aquel horrible viento cuyas furiosas rachas derriban como si nada añosos y sólidos árboles. Sólo por azar escapó Turrímano una y otra vez de morir aplastado por un tronco. La violencia del viento lejos de amainar arreciaba, y se estaba poniendo oscuro. Nuestro amigo sintió miedo. Un miedo espantoso que se le calaba hasta los huesos. No podía volverse.

¿Cómo cruzar nuevamente el torrente?

¿Cómo atravesar otra vez la selva – en la que sin duda se perdería sin remedio? Además... estaba el Unicornio. ¿Lo había olvidado?

El recuerdo del objetivo lo reanimó. Ya no tenía miedo.

Como por magia, tan súbitamente como se había levantado, cesó el viento y Turrímano se encontró en la Montaña y ante la boca de una cueva dentro de la que escuchó voces. Le pareció distinguir la de sus compañeros, y entró.

!Quién sabe por cuánto tiempo anduvo, prácticamente a tientas, por sendas subterráneas que se adentraban más y más hasta el mismo corazón de la montaña! Subiendo a veces, bajando otras, ya recorriendo estrechos pasadizos en los que no había luz ninguna ya transitando por bóvedas malamente alumbradas por un extraño fulgor de inexplicable procedencia, Turrímano avanzaba y avanzaba; y a medida que lo hacía el rumor de voces subía de tono.

Así fue como llegó a un recodo tras el cual se presentó ante su vista el objeto de su búsqueda. Allí, en medio de un no soñado jardín de delicias, junto al inmaculado espejo de cristalina fuente, estaba su unicornio; y alrededor, la abigarrada legión de sus huestes.

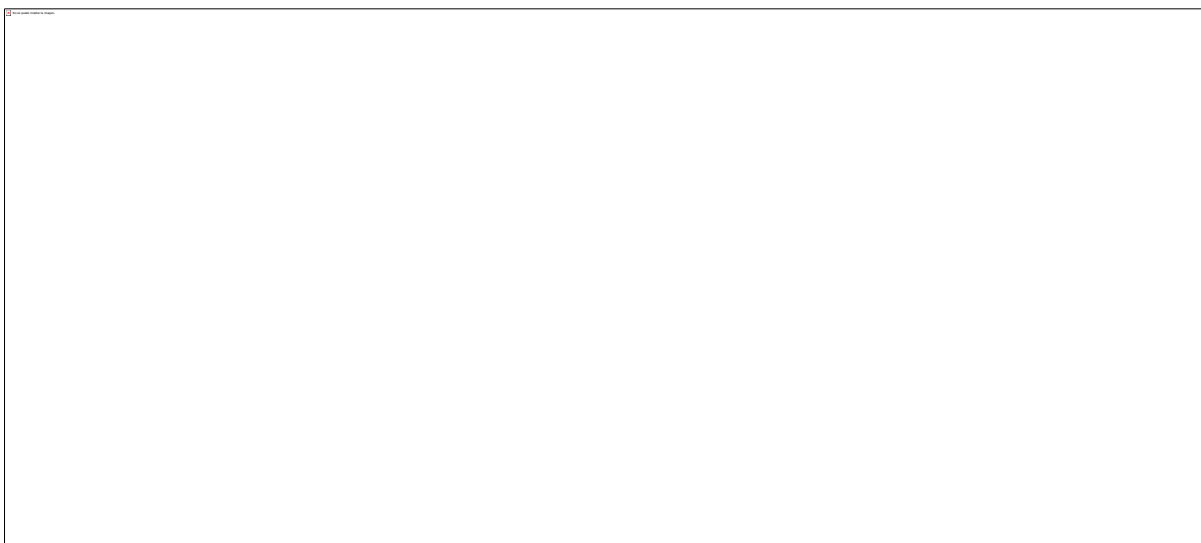
Gentes de armas, que lo recibieron con alegría y como si hubieran estado esperando su llegada.

Reconoció a varios que había visto por las casas de la playa pero que no había imaginado pudieran ser “de los del Unicornio”. Allí estaban, sin embargo, junto con los que lo habían traído.

También reconoció a Copérnico y Galileo, a Gallahad y el Rey Arturo, a Athlestane y a Juana de Arco, a Quijote y Robin Hood...; y no se asombró en absoluto cuando alcanzó a distinguir que entre la multitud se movían los Dioses; lo que le llamó la atención fue que éstos lejos de hacerse servir de los presentes parecían tener gusto en servirles.

Ahí estaba, en efecto, Hefesos y sus colaboradores dándole sin tregua a la fragua y al yunque en la tarea de forjarles yelmos, cotas, espadas y lanzas; más allá Hermes, Athenea y Poseidón urdiendo toda suerte de Inteligentes estrategias y astutas intrigas para darles triunfos; en un rincón, se encontraba Asclepios en persona dando atención a uno de los caballeros que había vuelto malherido – y Quirón, suministrando los ungüentos; por ahí se paseaba Apolo luciendo orgulloso el atuendo de albañil que usara cuando trabajó en las fortificaciones de Troya. El aire, que vibraba con la mística que sin instrumento alguno producía Orfeo, olía a mosto y a especies. Seguramente Dionisos andaba en algún experimento.

Se dice – pero debe fábula – que fue en esta cripta donde Turrímano aprendió de Caín el arte el arte de la agricultura, y de Tubal el de la metalurgia; y que bajo la dirección de este último se tejió la impenetrable cota que le conocimos y que en vano pretendieron atravesar sus enemigos. Asimismo, se cuenta que fue allí que Platón le enseñó las letras, Pitágoras los números e Hiram la Arquitectura; que aprendió la Alquimia de Zósimo y de María la copta, y la Cábala de Madathanas; y por último, que Latona, Artemisa y Anfitrite le dispensaron su amistad.



Estas y muchas cosas se cuentan, pero debe ser fábula. Cuando le preguntamos, Turrímano reía.

-¿Así que creen eso? Pues vengan y vean – y señalaba la selva.

Pero solamente uno quiso acompañarlo; los demás estábamos demasiado llenos de compromisos y no disponíamos del tiempo necesario. Por otra parte, ¿no era suficiente son que él hubiese hecho el viaje” Nosotros no queríamos sino que no los relatara pormenorizada-mente a fin de estar en condiciones, a nuestra vez, de informar a los que, llegados a nuestra aula, quisieran emprenderlo. Pero ni él ni el que lo siguió accedieron a ello.

-Vengan y vean – decían.

Pero no era eso lo que deseábamos.

¿Por que no hacer aquí, en la playa – pensábamos – una réplica de aquella Gruta, en la que, para beneficio de lo que buscasen el unicornio, cada uno de nosotros representase, quien el papel de Salomón, quien el del Trimegitos, quien el de Atenea o Artemisa, quien el de Quirón?

¿No habían los hombres desde tiempo inmemorial recurrido al arbitrio de reproducir simbólicamente los panteones celestes? ¿Por qué no levantar un santuario en el que nosotros, debidamente instruidos por Turrímano en el arte sacerdotal, pudiésemos propiciar la benevolencia de los dioses mediante adecuados sacrificios, a fin de proveer las necesidades de los hombres?

¿Por qué no un Oráculo en el que aquellos de entre nosotros que tuviesen las debidas condiciones de sensibilidad, oficiásemos de augures y pitonisas para resolver las dudas de los hombres y marcarles el camino de la verdadera felicidad que es el de la salud moral y corporal?

En una palabra: lo que nosotros pretendíamos era, ni mas ni menos, que abrir en la Isla otra Casa de Salud; y eso no entraba en los planes de Turrímano y sus mayores.

-No hay otro rol que desempeñar que el de Herakles; y ahí están las caballerizas para limpiar... Pero el oficio no nos atraía.

La expedición de Turrímano más allá de la espesura ocurrió mucho antes de que ninguno de nosotros hubiese llegado a la isla, y nunca pudimos confirmar la veracidad de sus detalles. Lo único que sabemos de cierto es que a partir de determinado momento, nuestro amigo dejó de preguntar por el unicornio. Continuaba, es cierto – ahora en compañía de uno que por lo que se rumoreaba, había conocido en la Gruta – con sus correrías por todas las Escuelas e Institutos de la Isla; pero no en calidad de buscador, sino en la de Espartaco.

En esa actividad lo conocimos, y desde entonces lo acompañamos a los lugares donde iba para ayudarlo en lo que pudiésemos.

No lo hacíamos del todo bien, como ya dije; y más trabajábamos en favor de la esclavitud que de la libertad; pero me consta que nos tenía un aprecio muy grande.

* * *

LA GUERRA DE TURRIMANO

La guerra de Turrímano era la del espíritu contra la materia, la de la luz contra la sombras. De más está decir que se alineaba del lado de la primera y que lo hacía al estilo que le era habitual: de una manera total y sin reservarse cuartel.

Por supuesto que esa lucha es muy amplia. Tanto, que todo y todos participan de ella – desde el fermento oxidante hasta el maestro de escuela, desde las alternativas mecánicas del frío y el calor hasta el investigador de la ciencia. Todos tenemos un deber que cumplir en la Gran tarea del progreso; deber cuya índole depende de lo que cada uno o cada cosa es o puede. Por eso, como nuestro amigo no era ni maestro ni investigador sino místico, se sumaba a las fuerzas del progreso en el terreno del alma – específicamente humano y particularmente inculto.

Y así como el investigador de la Historia, la Ciencia o el espacio exterior combate la Mentira y la Ignorancia cada cual en su especialidad, así libraba él similares batallas en el suyo. Y de la misma manera como otros se oponen a la explotación del hombre por el hombre en lo social, económico o político, así nuestro hombre en el plano del espíritu, donde la explotación opera más libremente que en ningún otro.

Otros lucha por la cultura del cuerpo, el intelecto o la sensibilidad estética; él, por la del alma. Allí era donde Turrímano lidiaba por todos los medios a su alcance a los tres grandes asesinos de la humanidad: la Mentira, la Ignorancia, y el Error.

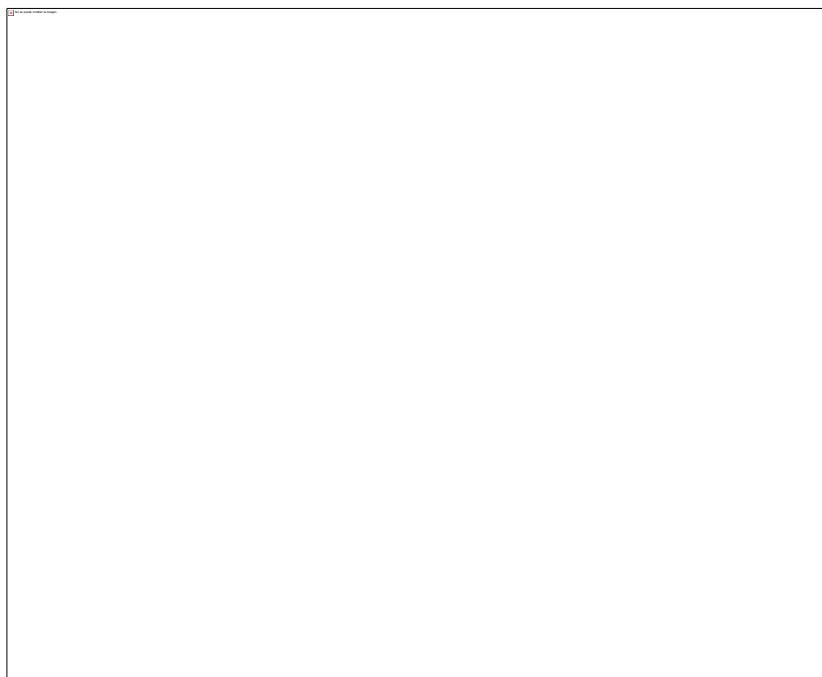
Entonces, hablar de sus batallas es nombrar los sofismas a los que se enfrentaba. A ello dedicaremos este capítulo: y también a tratar las dificultades que se le oponían.

Diversos factores y desde todos los ángulos – aún desde aquellos cuyos sostenedores creen de buena fe estar sumados a las fuerzas de la Luz – se concitan siempre para anular, rechazar o aislar, toda la tentativa de llevar el progeo y la cultura al campo de lo espiritual.

En primer lugar, entre los factores adversos (cuando en realidad debió estar entre los favorables) está la intelectualidad racionalista que en el pasado fuera poderosa avanzada de la libertad de pensamiento y conciencia, pero que hoy parecería no desear que se perturbe la paz de su aburguesamiento con “preteridos planteo místicos”. Parecería preferir los violentos.

!Poca fe tiene en sí misma una intelectualidad que confía en la metralleta!
!Cuanta similitud con quienes han puesto en aquella la fe que tuvieron en la Cruz!

¿Es que no se llega a ver que de poco habrá válido el haberle arrancado algunos feligreses al cura sólo para dejarlos caer en manos de un swami – que es otro cura – o en las del astrólogo, el charlatán, el “oculista” o el “concientizador” que no son ni siquiera eso?



Los que revistan entre los liberales racionalistas, son humanistas; de eso no hay duda. Pero lo son de un humanismo que hay dejado afuera una parte importante del hombre. Una que los comprende también a ellos – y que vanamente pretenden calmar con explicaciones propias del siglo XIX: la religión es el “fruto combinado” de la ignorancia, el miedo y la explotación de “una falsa esperanza”; todo eso de combate por “la Ciencia” - dicen -, y se quedan tan panchos sin advertir lo atrasado de sus figurines, que no explican los ocultos resortes del miedo y la esperanza; sin tampoco ver que han caído en querer aplica a la Religión las verdades de la ciencia como antes se aplicó a ésta las de la Religión.

No es suficiente, sin embargo, con que se señales el sofisma y sus dos versiones. Es preciso además establecer las causas que lo provocan – lo que no es difícil. El hombre anterior al “siglo de las luces” era, quizá, intelectualmente débil; pero esa debilidad estaba compensada con una espiritualidad vigorosa. Por eso, dio explicaciones religiosas aún a aquellas cosas que las pedían de otra clase. Obró así simplemente porque la Ciencia le quedaba grande. Lo trascendía.

Y bien: lo mismo pero al revés le ocurre al hombre “moderno”, que es intelectualmente fuerte pero espiritualmente anémico. A este, es la Religión lo que le queda holgado. No es que se sobre, como supone; se falta.

Turrímano decía en su pintoresco y chocante estilo:

-Crear que se podrá suplir la religión con la ciencia, es como pensar en satisfacer el hambre de entendimiento con tallarines.

No. No se puede. Son dos hambres distintas.

Obviamente, hay quienes no sienten al hambre intelectual y son felices.

Y también los hay que no sienten la espiritual.

Questión de constituciones.

Que la cultura puede llevarse al terreno del alma es algo que la humanidad ha probado con hechos en repetidas ocasiones. ¿Por qué negarse a verlo?

El hombre interior no es únicamente pensamiento y conciencia moral;

también es Imaginación – y ese es su sector más inculto y menos individuado. Si valió la pena libertar y cultivar el pensamiento y la conciencia, ¿por qué no ha de valer también librar y cultivar esta otra función del alma?

Sensible a todo lo que es instintivo o intuitivo, es allí donde están los arquetipos de la religiosidad – y por eso es allí donde medran los explotadores que saben donde están los hilos y que obran “creando místicas” mediante la agitación de aquellos.

Pero no se engañe nadie. Solamente en la incultura (y de ahí que el explotador trate de mantenerla) puede decirse al hombre lo que debe pensar o lo que ha de imaginar. Por eso, el pensamiento dictado no es pensamiento, como no es mística (o Religión) la que ha sido “creada” (o sistematizada).

Es hipnosis Y así como únicamente el cultivo del intelecto y el sentimiento civilizado es garantía de libertad para el pensamiento y la conciencia, así también lo es el de la imaginación.

Cuando el pensamiento fue libre, trajo la Ciencia. ¿Qué traerá la libertad de imaginar cuando esta función, ya libre de imposiciones y condicionamientos, haya sido igualmente individuada?

Las batallas de Turrímano eran por la libertad del hombre interior.

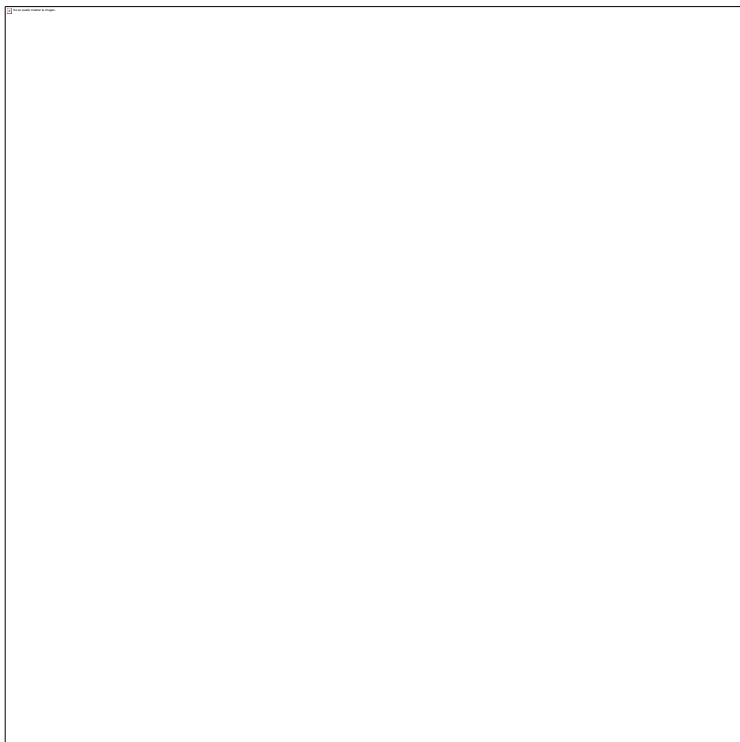
-No se engañe nadie – decía – Mística no es sumisión: prueba de ello es que el místico a menudo terminó en la hoguera. Por algo sería.

Nuestro amigo entendía la mística como una cultura del imaginar; y sostenía que el hombre no será verdaderamente libre mientras no logre conquistar esa parte de su ser. Mientras no consiga dar expresión individual a su innata religiosidad.

Algunos se oponen a la Religión porque a menudo fue usada para sojuzgar a los pueblos; pero eso no es argumento. También se usó y se sigue usando el mismo efecto el pensamiento. La propaganda es ciencia aplicada, NO religión; y ciencia aplicada son los slogans machacones y demás modernos “opios de pueblos”.

Los modernos librepensadores se jactan de haber luchado (no lo hicieron ellos sus antepasados – vamos a entendernos) por la libertad de pensamiento y conciencia. Y bien: considerando la tranquilidad con que algunos de esos mismos “liberales” contemplan cómo las conciencias así liberadas caen presas del recién señalado “opio moderno”, tendríamos derecho a pensar (aunque no lo hacemos) que no todo fue desinterés.

Que todo no fue sino como aquella vez cuando se abolió la esclavitud pero se enganchó a los negros en la guerra de los blancos. ¿Para ESO se ha procurado liberar a los hombres de la sumisión de un dogma? ¿Para dejarlos caer – o para empujarlos – a otro?



Tampoco queremos pensar (aunque podríamos) que la oposición que se hace desde algunos sectores a toda lucha por la libertad interior que vaya un poco más allá de lo puramente epidérmico, se apoya en que una tal lucha, de triunfar, perjudicaría la tarea de “concientización” (que así se llama ahora a la captación catequista) y constituiría un obstáculo para que los hombres puedan ser arreados como ovejas al matadero con sólo pintar sobre su portada a grandes letras la palabra “Libertad”.

Antes se escribía “Cielo”. Pero era lo mismo.

Todo eso podría pensarse ya que parte del grupo humano que antes se etiquetó “liberal” ha pegado una vuelta y cambiado de rótulo, Como corolario, lo que en su origen fue una obra de liberación cuyo orden prioridades comenzaba (si bien usando como instrumento el materialismo científico) por combatir los yugos del pensamiento y la conciencia (esto es: los que pesan sobre el hombre interior), ha venido a ser un humanismo materializado que a aquello, le antepone la conquista (la dádiva) de la liberación económica.

Mentida liberación en realidad, porque lo que ocurre en la práctica es que el captado termina por ser masificado y sometido al mecanismo de la conquista y en seguida al de producción en calidad de rueda.

A pesar de todo, Turrímano se movía muy a su gusto en los ambientes del liberalismo clásico. No le preocupaba la diversidad de opiniones.

-Si todos pensásemos igual, éste mundo sería muy aburrido – decía.

En mi concepto, lo que lo atraía no era la identidad de ideas sino una afinidad emocional. Se sentía “en casa” entre ellos; y eso era todo. Hombre de Orden y amante de la Libertad a la vez, aquel era sin duda “su” ambiente.

También se sentía atraído a los círculos del simbolismo ortodoxo – aunque sus puntos de vista no lo fueran.

Turrímano soñaba con una cultura del alma. Y desde que el vehículo y la herramienta de cualquier saber es el idioma, y el alma habla la multívoca lengua de los símbolos, nuestro amigo se dio a difundirla – no sin antes haberse esforzado por aprehenderla en sus diversos dialectos; escritural, litúrgico, astronómico, escultural o pictórico, arquitectónico, lingüístico y semántico, heráldico, alquímico, de los gestos, etc.

Este aprendizaje había producido en él una especie de deformación profesional que lo llevaba a encontrar en todo un significado extraordinario y hasta inédito. Así, frases que todo el mundo entiende de una sola manera, a él le decían otra cosa – como por ejemplo aquella de “El fin justifica los medios.” A esta frase, además de los sentidos ordinario, escatológico y teológico, él le daba otro moral y humanista que aplicaba a su propia obra.

-El “fin” no puede ser otro que el Hombre; y los “medios”, el trabajo – que no se justifican sino en función de aquel.

En mérito a este punto de vista nuestro amigo no combatía el error por el solo prurito de que resplandeciese la verdad, sino para librar a los que estuviesen presos del mismo. En una palabra: Turrímano no era un buscador de la Verdad; lo que él buscaba era al Hombre. No era un hombre de ciencia, sino un hombre y punto.

-Únicamente trabaja por las finalidades debidas, el que obra por la Libertad, la Igualdad y la fraternidad humanas – decía; y daba a tales términos acepciones muy amplias.

-Antes que la cultura misma, debe venir el gusto por ella – acostumbraba decir.

Para llevar adelante su propósito de difundir el gusto por el lenguaje simbólico, tuvo sin embargo que hacer frente a situaciones por demás difíciles.

Como podemos esperar, el simbolismo es materia que no tiene muchos estudiosos y conocedores (y los que tiene no se encuentran en las filas de los “simbolistas” sino entre los técnicos y propaganda). Lo que hay entre aquellos son detentadores y manoseadores; y también detractores igualmente ignorantes.

Nuestro amigo estaba es un dilema.

¿Cómo combatir la ignorancia de los “partidarios” sin que eso implicase ceder armas a los “contrarios”?

¿Cómo atacar el desconocimiento de los “anti-simbolistas” sin abonar la superstición de los que dicen serlo?

Además, estaba solo. Sus amigos... o eran indiferentes o se encontraban radicalizados en uno u otro bando.

El lenguaje de los gestos era mojigatería farisaica para unos, simple “santo y seña” para otros, y alegorías para interpretar para los demás. Nadie parecía estar despierto al evidente rol parteador de los gestos en relación con el afloramiento de lo latente en lo profundo del hombre. Nadie, excepto los explotadores. Que esos sí lo sabían – y empleaban – sólo que lo hacían para su malvada labor de masificación instintiva. Lo mismo ocurría con los demás dialectos.

Con el simbolismo alquímico, por ejemplo, que o era tenido por simple jerga de una química embrionaria, o interpretado como un galimatías destinado a esconder la fórmula mística de la perfección individual. ¡Como si los hombres de aquellos tiempo hubiesen necesitado esconder sus propósitos religiosos o salirse de la ortodoxia para perseguirlos!

Nadie parecía notar que la escondida fórmula era la de la mutación de “todo el ancho mundo” - aunque más de un alquimista lo gritara. Nadie, salvo, como muchos sospecharon, el Dragón – que desde mucho atrás viene aplicándola, sólo que en favor del Antihombre.

Por el mismo estilo, el simbolismo celeste, era Astrología; y ésta, un sistema para jugar a explicar una cosa por otra, una articulación para excitar la intuición prelógica del intérprete de horóscopos, una guía para medicar, pronosticar tendencias, o prever desenlaces, y mil otras fruslerías. Nadie veía en el colosal reloj cósmico lo que en él vislumbraron los Rishis o intuyera la genialidad de Paracelso. Todo eso era cosa olvidada.

En cuanto a las formas rituales, para unos eran antiguallas sin valor y fariseísmos vacíos, fórmulas para la práctica de toda suerte de indignas beaterías o alegorías para interpretar. Nadie parecía apercibirse de que podían ser máquinas para provocar las vivencias estéticas del alma y sus estados gnoseológicos y volitivos.



En cuanto al simbolismo escritural... ¿quién iba a ponerse a trabajar con las Escrituras en el lenguaje en que fueron escritas o en el que más se le acercara. La mayoría se sentía “iniciado en la Cábala” sólo por haber leído alguna obra de “divulgación” de autor generalmente mal informado, o unos pocos fragmentos de una de textos considerados “clásicos”.

Como dije antes, Turrímano había elegido como plataforma para su actividad, los círculos del simbolismo humanista (o humanismo simbolístico). Es más: consideraba que estos eran el núcleo de cristalización adecuado para su sueño de una cultura del espíritu – esperanza que fundaba tanto en el espíritu progresista y civilizador que allí se respira, como en su tradición de herederos de la lengua de los símbolos.

Si espiritualmente hablando Lengua y Pueblo son sinónimos, los integrantes de estos círculos constituían una “cuya patria es el mundo” - como ellos mismo decían. A él pertenecía nuestro Diógenes.

Bien cierto que, si alguna vez la tuvieron, éstos círculos habían olvidado el habla ancestral, y el que usaban y llamaban Idioma Simbólico, no era sino un sustituto; pero por los menos tenían el concepto y sabían que dicha lengua era el lazo que los unía. Lo llevaban, con quien dice, en la sangre.

Mientras escribía el párrafo anterior, me vino a la mente el recuerdo de nuestro propósito de levantar, aquí en la playa, una reproducción emblemática de la fabulosa Cripta que visitara Turrímano y que está en la Montaña que queda del otro lado del bosque, el río y el viento.

Ahora me doy cuenta que siempre tuvimos esa réplica en el referido grupo humano. Y no como mera copia, sino como símbolo real y verdadero.

Símbolo mediante el que sin mayores penurias, los hombres (no todos, por supuesto, sino los libres y de corazón filan-trópico) pudieran iniciarse en la lengua del alma – y con ellos nacer, como ciudadanos del Espíritu.

Lo nuestro, no hubiera sido sino parodia. La digresión me lleva a mostrar otra de las batallas simultáneas que libraba Diógenes: la de establecer claramente la distinción entre alegoría, parodia y símbolo.

-Símbolo es algo que está aquí de lo que está allí – decía; pero eso no nos aclaraba nada. Quizá porque no tomábamos debida nota del “de” con que nuestro amigo buscaba establecer la consubstancialidad entre los que está “aquí” y lo de “allí”. Y ahí está el detalle. Porque símbolo no es sola representación, sino PRESENCIA. Es una transferencia al “aquí” de una realidad del espíritu o de un contenido del alma.

Como se daba cuenta de que no lo entendíamos, Turrímano quería explicar... pero se ponía abstruso:

-Una pintura la pinta un pintor: pero para que haya imagen en un espejo es necesario una cosa que se espeje. El símbolo es como el espejo.

Hecha la aclaración, entraba en detalle:

-Cuando digo “aquí” me refiero a la totalidad del plano existencial. Para que un símbolo lo sea, lo de “allí” debe estar “aquí” en pensamiento, sentimiento y acto. En el caso de que se trate de un símbolo artificial – una obra del arte – necesita ser establecido por alguien que tenga autoridad para ello; y nadie que no posea legítimo derecho podrá verlo aunque lo mire; por último, se debe corresponder con lo de “allí”.

!Oscuras palabras, sin duda, con las que quería “aclarar” la diferencia entre símbolo y parodia!

Como advertía que lo entendíamos menos, proponía ejemplos:

-La peor y más desorganizada de las familias es más verdadera que la que sólo está representada por actores en un escenario – aunque se trate de buenísimos histriones y de una “familia modelo”. Asimismo, las que dice un tartamudo son palabras; no así las perfectas articulaciones del mejor enseñado de los pajarracos.

Para que un símbolo lo sea no solamente es preciso que lo de “aquí” se corresponda con lo de “allí”, se necesita además el “artista” que pueda establecer la relación entre una y otra esfera; alguien que traiga el contenido al continente.

Como estábamos por los días en que Encordáceo estableció su Instituto, pensé que se refería a eso. Me adivinó el pensamiento.

-No se trata del portero del Museo de Arte que se enojó y se fue, y puso “museo propio” pintando él mismo las obras maestras que antes cuidara. No se trata SOLO de ese caso. Imitaciones hay muchas. Buenas y malas. Algunas pasan por legítimas y están en los museos. Pero todas son igualmente falsas y están “vacías”. De nada vale una jarra si no se tiene la cerveza, ¿verdad? Hay, por supuesto, simbolismo de utilería; pero por definición, ¿quién podrá por ellos llegar a “ser auténtico”?

En cuanto a que los símbolos no pueden ser percibidos como tales por quienes no tienen el legítimo derecho a verlos, lo explicaba así;

-¿Como oír aquel al que no le fueron perforados los oídos, y quién se los perforará? El loro dice sin hablar y oye sin entender. ¿No comprendéis que el usuario del símbolo es símbolo él mismo?

Es preciso ser “algo de allí puesto aquí”. ¿Y quién trajo al que no fue traído? ¿Quién puso al que no fue puesto?

Para Turrímano, el simbolismo era un asunto iniciático. Hecho por y para iniciados. De lo contrario, no es nada.

En otra ocasión y hablando del mismo tema, nuestro amigo definía la Alegoría más o menos así;

-Alegoría es algo que está aquí de lo que está aquí. Es una forma que

responde a algo que ya tiene forma. A un pensamiento o a una idea, por ejemplo. Nada del “otro” mundo. Los que no saben establecer la diferencia creen que “hacen” símbolos cuando forjan alegorías. Pero éstas son materia para interpretar; aquellos son para usar. Interpretar un símbolo es convertirlo en alegoría. Es envilecerlo. Es rebajarlo.

El símbolo necesita ser vivenciado; de otra manera. ¿cómo va a cumplir su rol de traer “aquí” lo que está “allí”? Se trata de traer algo más que una noción o un concepto; se trata de traer un estilo, una actitud, una virtud, una fuerza o estado del alma.

Turrímano no creía que solamente fuesen símbolos los que se tienen por tales. No había para él un “mundo simbólico” y otro que no lo fuera. Para él, el simbolista es uno al que le fueron abiertos los ojos a una dimensión complementaria de las cosas.

-Los símbolos que utilizamos para enseñar y aprender el arte de ver lo trascendente, son lo que yo llamo “artificiales”; pero están los naturales. Y la mejor utilidad de los primeros es la de iniciarnos en el idioma y la actitud. Pero no seremos verdaderos simbolistas hasta que hayamos aprendido a ver los “artificiales” en los naturales. La verdadera ciencia es la aplicada. El idioma no está en los libros de primeras letras o de segundas. El idioma está en la calle. Aprendamos pues nuestra Lengua, pero salgamos a hablarla y escucharla. Y sobre todo, a obedecerla. Allí en la calle, y para el que es simbolista de veras – TODO es símbolo. Todo le habla al alma y ésta habla por todo.

La cuestión está en saber, querer y poder oír. La cuestión está en observar qué es lo que los símbolos vivos hacen brotar de nosotros; porque lo que su contemplación hace surgir de nosotros, eso somos. Esa es una de las razones por la que se dice que el arte del símbolo conduce al auto-conocimiento.

Nos proponía una parábola.

-Una niña es atropellada por un automóvil que huye, y cae ensangrentada. “¡Sangre!” dice una señora y cruza donde el quinielero a jugarle al 18 y a la terminación de la chapa del auto; “¡Sangre!” dice igualmente una muchacha aprehensiva y se desploma desmayada; un teosofista dice “Karma”, y se aleja en una meditación – que chupa chupa todo el día como caramelo. Piensa en la deuda que acaba que acaba de saldar la niña atropellada y la que por haber huido ha contraído el cobarde conductor – y se extiende en generalizaciones y particularizaciones. Pero hubo uno que corrió a levantar a la accidentada.

El mismo símbolo – el mismo “aquí” - hace aflorar cosas diversas según las sensibilidades. En una, mensaje intuitivo; en otra, vivencia de muerte y fuga; el otro, racionalización explicativa y masturbación cerebral; en otro, virtud del alma.

La diferencia, que en su base es de temperamento, puede ser objeto de gimnasia. Si nos entrenamos en el pensamiento analógico, nos haremos “intuitivos”; si en la reacción emotiva, aprehensivos; si en la reacción emotiva, aprehensivos; si en las racionalizaciones, teorizantes. Solamente cuando un símbolo nos mueve a la acción humanística y solidaria habremos captado – vivenciado – el mensaje verdadero: el del alma – que es lo único que ha de hablar en ellos, NO la asociación libre, NO la reacción histológica. No la elucubración analógica o silogística.

Si la mística pudiera esquematizarse – si fuera posible convertirla en noción – yo diría que Turrímano concebía dos esferas de existencia: una real y otra puramente onírica. En la primera, veía dos hemisferios: uno casual – mitológico – formado por la arcaica estratificación de todas las vivencias y frustraciones humanas que pugnaban por manifestarse en el otro – que es el de la “narrativa”, el de lo anecdótico.

La segunda esfera sería aquella que sirve de habitación al escapismo. También ésta con dos hemisferios: el de las racionalizaciones, creencias y fantasías, y el de la falsa “narrativa” que constituye la experiencia habitual de los en él refugiados. Dentro del esquema, “los símbolos” (naturales o artificiales) obrarían como nexo catalizador entre uno y otro hemisferio, provocando en un caso la acción real y viviente, totalmente subjetiva y absolutamente irreal.

Aunque fuese posible, no corresponde consignar aquí las ideas de Turrímano sobre los símbolos. Bastará con que diga que para él, “ser simbolista” resultaba sinónimo de vivir en la fecunda conjugación del “allí” en el “aquí”, una existencia puesta al servicio del Hombre. Era traer “aquí” (convertir en acto) lo que es de “allí”.

Tampoco resulta viable entrar ahora en prolijidades en relación con los incontables sofismas y errores que combatió en sus andanzas por otros escenarios. Quizá el futuro nos depare la ocasión de hacerlo. Por ahora, ha de bastarle al lector saber que Turrímano fue enemigo implacable del charlatán, el poseur y el ambicioso – especies que en todo momento han proliferado en el ambiente “espiritualista” en el que tienen sus “fans” y numerosos émulos.

Igualmente luchó contra las concepciones materializantes que hacen del espíritu un “fluido” o que propagan la falsa idea de que los estados sonambúlicos y de hipersensibilidad constituyen “adelantos evolutivos”.

-Son estados patológicos – decía: - la doble vista a la que debe aspirar el hombre sano que quiere seguir siéndolo es la de tener visión, no “videncia”.

Con igual fuerza se oponía a los que divulgaban las formas pre-lógicas o analógicas del pensamiento, marcando la diferencia entre la verdadera intuición y la asociación libremente condicionada del mántico de todos los sistemas.

En una palabra. La lucha a la que una y otra vez procuró arrastrarnos era la de un libertario. Por supuesto, no nos decía qué debíamos hacer luego con nuestra libertad – salvo sugerirnos repetidamente que nos uniésemos a él para luchar por la de una humanidad por demás esclavizada, fue precisamente por eso: porque se negó a encerrarnos en una explicación, una doctrina o un dogma.

No servíamos para el aire libre.

No entendíamos otra libertad que la de aletear libremente en una jaula.

El esquema de las dos esferas existenciales- una real y otra onírica – con el que pretendí dar forma a lo que entendí era la visión que Diógenes tenía del hombre, no es sino una simplificación.

En realidad, de lo que pude extraer de cuanto conversamos mientras estuve a su lado, nuestro amigo concebía no UNA esfera de fantasía sino muchas: una para cada hombre – para cada “hombre dormido” - en la que habita y con la que se identifica, confundiéndole así con “su” individualidad. Es lo que vulgarmente llamamos “personalidad”. El algo de los que suponen que necesitan suple-mentar el simple ser con el ser algo. Un algo en el que se vacían. Uno al que se enajenan.

Pero tampoco eso.

Las esferas de enajenación no son una para cada uno, sino también muchas. Y la inmensa mayoría mantiene una para cada interés o necesidad – las cuales administra como si fueran compartimientos estancos.

-Eso nos lleva a tener una vida (una “personalidad”) familiar, otra profesional, otra filosófica, otra instintiva, etc.; y lo que pomposamente llamamos “la Sociedad” no es sino el juego de estas esferas de enajenación – que, al unirse por afinidad con las equivalentes de otros hombres y mujeres, forman a su vez esos conjuntos-de-necesidad colectivos que llamamos Instituciones, o los que constituyen los diversos ambientes existenciales: familia, club, gremio, partido, comunidad, etc. - en los que cada integrante busca reconocer-se.

Cuando hay ajuste, el “individuo” es un conservador; no quiere que nadie le

toque “su” ambiente. Cuando no lo hay, es un reformador que procura asimilar el ambiente a “su” propia “concepción”.

Es ésta situación lo que convierte cada estructura en un canasto lleno de cangrejos que marchan a la olla pinzas alzadas unos contra otros, trepándose unos sobre otros para cortarse recíprocamente las agarraderas...

-La Realidad, sin embargo, no está en la canasta. O está fuera de ella, o está dentro de los cangrejos; pero NO en la canasta. La Realidad está en evitar la olla; en salir de la canasta y volver a la libertad de la playa; NO en modificar el orden y posición en que los cangrejos están circunstancialmente colocados en el canasto. Porque el verdadero móvil del trepar está en el instinto de libertad que llama desde la orilla aunque no lo sepan los cangrejos, o aunque crean que su “libertad” consiste en apoderarse de la canasta o en modificarla.

Turrímano comprendía que el hombre, como cualquier otro animal, tiene necesidades corporales que reclaman justicia; pero eso no le impedía ver aquellas otras que exigen libertad.

Y la libertad es algo que se refiere al hombre interior; a su pensamiento, su conciencia, su imaginación.

Algo que necesita ser sucesivamente reconocido, conquistado y defendido.

Algo que apunta al volver a “ser dueño de” lo que se había enajenado. Tiempos hubieron (y los hay todavía, y los habrá) cuando se nos dictaba lo que debíamos pensar y lo que teníamos que creer; y el logro y custodia de los diferentes matices de la libertad de pensamiento y conciencia merecen la atención y el sacrificio de cuantos sienten hondamente el drama del hombre en-ajenado.

Nuestro amigo, sin embargo, pensaba que eso no era todo. Porque mientras pueda decírselo al hombre lo que debe imaginar, su pensamiento y conciencia volverán a caer sometidos una y otra vez. Y también su brazo, que será puesto al servicio del explotador y a pelear las batallas de éste.

-Nuestro verdadero enemigo se llama Quimera – decía Diógenes; y tenía

razón, porque fue agitando la del cielo o la del oro, la de la riqueza celeste o la terrena, la de los verdes pastos y de Utopía, que desde siempre el hombre viene siendo des-individuado, masificado, vaciado y, finalmente, explotado.

No era Turrímano el único en combatir a Quimera. Otros lo hacían y lo hacen de otra manera. Lo hacen con lo que llaman “la verdad”; o mas precisamente, oponiendo la realidad concreta al error imaginario.

Dicen: “No hay más oro en California”, o “no son gigantes sino molinos”; y cree de buena fe que están obrando en favor de la libertad de los hombres que están presos de tales mirajes- Pero no sirve. No sirve porque al quedar el hombre con la imaginación desocupada, corre a buscar el oro o los gigantes en otro lado. Por ese medio, lo único que se consigue es que los hombres se pasen de una sujeción a otra.

Dejen de rezarles a “los Santos” para invocar “espíritus”, propiciar “ángeles” o sujetar “demonios”; o abandonan todo eso para hacerse “teósofos” devotos de los “Maestros de Sabiduría”.

O trasladan si imaginación del espacio interior al exterior y empiezan a creer en que la Tierra viene siendo “vigilada” desde ultra-veloces platívolos por diminutos homínculos superdotados procedentes de algún lugar del espacio cósmico.

Esto ocurre porque HAY un “más allá” que inquieta – aunque no todos hayan acertado con su índole. Un “más allá” que es imaginario pero real. Causa y fuente del “más acá” - como bien lo saben los místicos y poetas, malsaben los sensitivos teorizantes, e ignoran los que, por tener los ojos llenos de barro son “materialistas”.

-Combatir el error imaginario con la verdad concreta es como apretar una vejiga de agua. Lo que se aprieta aquí se levanta allí. Además, el mundo imaginario es real aunque su visión esté equivocada. También es real el mundo del pensamiento aunque se piense con el error.

Al enfermo de un cáncer imaginario no es suficiente con que se le diga en tono doctoral: “Usted no tiene nada, mi amigo”; porque en realidad tiene un mal, y éste necesita ser curado, NO negado.

La equivocación que cometen los que quieren curar los errores de la imaginación por las verdades concretas está en su incapacidad orgánica para entender la realidad del plano imaginario. Es preciso libertar la imaginación de sus conocimientos; NO negarla.

Si hemos de darle un nombre, diríamos que la que soñaba Turrimano era una Cruzada por la reconquista de la Imaginación.

Las casas de salud de la playa estaban repletas de hombres que la tenían enajenada. En las recorridas que hacíamos por los distintos sanatorios, tuvimos ocasión de conocer institutos y lunáticos muy singulares.

Claustrómanos que estaban presos del imaginar que lograrían la paz del alma por el cultivo de su chifladura entre las cuatro paredes de una celda y que no solamente se encerraban ellos mismos sino que, como ya dije antes, procuraban convencer a los demás para que viniesen a aumentar la población de su manicomio.

Paranoicos que estaban cautivos de la fantasía de manejar los poderes del alma y cuya locura los llevaba a cumplir con toda seriedad ridículas pantomimas rituales en el curso de las cuales mal-pronunciaban en latín, hebreo o sánscrito, palabras cuyo significado no comprendían pero de las que esperaban asombrosos resultados.

Contemplativos que se pasaban las horas mirándose al espejo entre dos velas y que en la auto-hipnosis así inducida por el estrabismo y la media-luz, quedaban asidos a la ilusión de estar viendo sus monstruos internos a los “del astral” - y en ocasiones, al “Maestro”. Maniáticos del snobismo asiático que practicaban una amplia gama de posturas gimnásticas con las que atendían la regularidad de todas sus funciones: intestinales e intelectuales. Drogadictos del leer que siempre andaban en busca de un nuevo libro. Lunáticos del pensar cuyas ruedas intelectuales nunca descansan.

Orates de la filosofía que viven en la permanente tensión de una observación/explicación simultánea. Onanistas del seso que se masturban el espinazo como medio de “sublimar” sus fuerzas sexuales y acceder a la supervisión y demás superpoderes. Desnutridos fanáticos de la nutrición (valga la paradoja) prisioneros del atender las mil prolijidades de sus dietas.

Infelices que, sujetos a la servidumbre de su propia infatuación, agitan ruidosamente sus cadenas para llamar la atención sobre sí mismos. De éstos últimos había una larga serie en los asilos de la isla, desde “ocultistas” sabelotodo que todo lo explicaban o lo podían, hasta poseurs de la “videncia” e histriones de la declamación – todos maestros de ignorancias alrededor de los que revoloteaba a permanencia una a menudo nutrida bandada de almas cándidas.

Aunque no tan cándidas, puesto que en la mayoría prendía (y los prendía) la lisonja: “En tí veo muchísimas condiciones”; “tienes un espíritu-guía de gran jerarquía”; “vas a ir muy lejos, “yo” te lo digo”; “eres un “ego” antiguo”; etc.

Si logré describir a nuestro personaje, ya sabrá el lector que Turrímano no era de los que creen que en todos éstos y otros casos la “cura” consiste en rescatar al enfermo de su manía para volverlo a la prisión de este otro Manicomio que es el mundo de la realidad cotidiana. No era él como los que combaten la Quimera amputando la función.

-Ver mal es VER. No se corrigen las aberraciones de la vista arrancando ojos, sino corrigiendo la deformación. Hacer que se vean sólo molinos donde

Quijote ve gigantes, es disminuir la visión, es anular uno de sus ángulos. La cura queda para el lado donde se ve algo más detrás de los gigantes, no hacia aquel donde se ve algo menos.

Turrímano recurría de una manera latosa a la figura de los gigantes y los molinos; pero por momentos conseguíamos entenderlo.

Lo que nos quería decir es que quienes por poder imaginar (otros lo llaman “capacidad de asombro”) han sido captados por los explotadores, son gentes que, aunque prendada, tienen una función tan valiosa como la de pensar. O quizá más valiosa todavía si nos detenemos a considerar su poder movilizador, aherrojante o creador. La cuestión está en rescatarla. En librarla de condicionamientos. En devolverle las alas. No en castrarla.

Alguien debe haber dicho alguna vez que la risa es salud. Y bien: si no perdemos de vista que todo este submundo no está formador por “losotros” sino por nosotros (de otra manera la risa no sería salud sino escarnio) la crónica pormenorizada de los casos que conocimos puede resultar higiénica. Pero tendrá que ser en otra ocasión.

Ahora sólo hemos querido establecer el mórbido terreno del Manicomio que Turrímano había elegido como su lugar de trabajo.

Su guerra no era ninguna novedad. No se trataba de “otra” lidia independiente o paralela. No era más que la prolongación de la misma vieja lucha del Hombre por la posesión integral de si mismo.

Y no se cansaba nuestro amigo de convocar a los que nacieron libres para que se le unieran en la brega a fin de ir todos juntos a la reconquista de la “manija” por la que toman al pato los que están del lado del dragón.

MUDANZA

Escrito lo que antecede, no alcanzo a comprender cómo pude enfriarme al punto de haberme apartado de Turrímano. Probablemente eso llegó a ser porque nunca estuve lo suficiente caliente. O porque, aún entendiendo con la cabeza, la cosa no llegó a arrebatarme el corazón.

Esa debe haber sido la causa, sin duda.

De los momentos en que se produjo mi mudanza no recuerdo mucho. Sólo – y de una manera muy vaga – que fueron días sin sol y de una inmovilizante astenia de plomo, durante los cuales las dudas me sobrevolaban como cuervos.

Yo sabía que venían por mí; pero nada pude hacer por más que hice. Me fue imposible apartarlos.

No. No quiero ser hipócrita conmigo mismo. La verdad es que no hice nada por librarme de ellos. Al contrario: me acuerdo muy bien que sentía una especie de placer morboso es dar albergue en mi mente a todo género de dudas. Me complacía en pensar cosas como éstas.

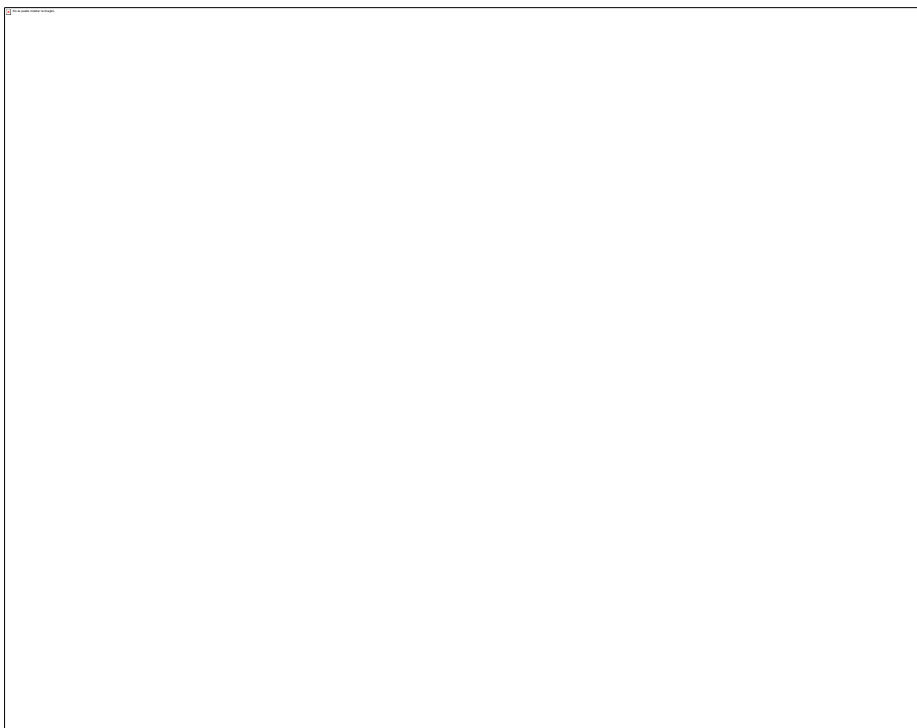
-Al fin y al cabo, ¿qué es la famosa “playa” de Diógenes, sino una esfera onírica como todas las demás” 'Qué nuestro Grupo sino una “manera de ver” dentro de la que nos refugiamos, pero que en realidad no es otra cosa que mundo dentro del mundo?

¿Qué es nuestro altisonante ideal libertario sino un Moloch hambriento al que enajenamos no solamente nuestras personas sino también las de nuestros seres más queridos?

Al compás de estos pensamientos, poco a poco se fue nublando mi vista y dejé de ver la playa y las rompientes; y sin cambiar de sitio, entré a vivir en un mundo diferente.

En el otro, quedaron Turrímano y los suyos con sus luchas y sus sueños. Sé que la continúan ya que ocasionalmente me llegan sus noticias – las cuales me alegran al tiempo que me ponen melancólico.

Así fue como sin haberme dado plena cuenta hasta que todo estuvo consumado, una ola me arrojó sobre la playa y me convirtió en resaca. Ya no me queda sino esperar que venga la espuma piadosa de otra, a dar – en el sol del atardecer – un poco de colorida belleza al lecho de mis sueños ya sin ensueños.



* * *

* * *

* * *